BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XLV.

POESÍAS LÍRICAS MEJICANAS

DE

ISABEL PRIETO, ROSAS, SIERRA, ALTAMIRANO, FLORES, RIVA PALACIO, PRIETO Y OTROS AUTORES,

COLECCIONADAS Y ANOTADAS

por

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

TERCERA EDICIÓN

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA

Arenal, 11

1910

Imp. de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

AL LECTOR.

Nada puede ser tan nuevo para España con respecto á las Américas, á las que llevó en su dia los gérmenes de civilizacion de que pudo disponer, como una noticia de los escritores que en aquel vasto continente honran á las letras castellanas. Injustas preocupaciones, incomprensible indeferentismo formaron en lo que va de siglo una especie de muralla entre aquellas modernas naciones y su antigua metrópoli. Pero como tal muralla no tiene razon de ser, yo, que tengo en España mi cuna y en México la de mis hijos, me he propuesto derribarla. ¿Cree el lector que estas palabras son hipérbole de mi vanidad? Mal haria en creerlo así. Por humilde que sea mi personalidad, y yo creo lo es mucho,

nadie puede disputarme la gloria de haber sido el primero que ha dado á conocer en España á más de cien escritores mexicanos. Y yo bien sé con qué trabajos. Hace tres años no pude encontrar en Madrid ni oyentes ni editores para aquellos literatos. En 1878 he conseguido para ellos entusiastas é ilustrados admiradores, empresarios para *dos ediciones* de un estudio crítico de autores de México, y por último, en el eminente artista Director de la Biblioteca Universal, nuevo editor para esta pequeña coleccion de bellísimas poesías. He abierto las puertas y por ellas ha entrado ya, con su mérito esclaro, álguien que figura en las siguientes páginas. ¿Aparece ya ménos hiperbólica mi vanidad?

Es evidente que el éxito se debe á que mis presentados son todos ellos poetas de sobresalientes condiciones: bastará á mis nuevos lectores para convencerse de ello abrir por cualquier página este tomo: y no deben echar en olvido que la literatura mexicana acaba casi de nacer: su orígen es posterior á 1821, en que México se constituyó en nacion independiente. En los an-

teriores siglos sólo tres autores mexicanos pudieron hacerse conocer en España; el gran Alarcon, una de las glorias del Teatro Español, Sor Juana Inés de la Cruz y don Eduardo Gorostiza. Pero desde la fecha indicada han surgido de la oscuridad, con exuberancia americana, poetas mexicanos en tan gran número, que España debe estar orgullosa de haber dejado como herencia á aquel pueblo el espléndido idioma de sus Alfonso X y Cervántes, de sus Calderon y Garcilaso, de sus Quintana y sus Espronceda.

Todo se halla floreciente en aquel encantador país, único del continente de Colon que mereció ser llamado NUEVA ESPAÑA, nombre que durante tres siglos llevó. La inteligencia vuela allá majestuosa y magnífica como el águila sobre los Andes, y esto áun en medio de las guerras extranjeras y las luchas civiles que han agitado al país, no porque sus hijos sean ingobernables como locamente se ha supuesto, sino porque al fin descendientes de españoles son, y como ellos tienen aún muchas conquistas intelectuales que hacer, y en

su sangre arde tambien ese fuego que hizo que España se adelantase, no en años, sino en siglos, á las grandezas del gigante Napoleon.

Pero demos punto á estas palabras: sólo necesita recomendarse mucho lo que tiene escaso mérito. Lo grande se recomienda por sí solo.

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

Madrid, 25 de Setiembre de 1878.

ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI.

—

Isabel Prieto de Landázuri nació en Alcázar de San Juan, en España, durante un viaje de sus ilustres progenitores por la Península, y falleció el 28 de Setiembre de 1876 en Hamburgo, donde su esposo D. Pedro de Landázuri, distinguido escritor y político, ejercia el cargo de Cónsul General de la República. Ejemplar madre de familia, jamas hizo uso de sus altísimas dotes poéticas sino para cantar con ternura infinita la vida y los goces del hogar. Su instruccion era vastísima y poseia con perfeccion los idiomas aleman, inglés, frances é italiano. Dotada de prodigiosa y facilísima memoria, concebia y daba forma á sus composiciones sin auxilio de la pluma, y las dictaba despues á su esposo: puede decirse, á pesar de la gran extension de la mayor parte, que todas ellas son verdaderas improvisaciones. Enemiga de hacer ostentacion de su talento, se opu-

so constantemente á publicar sus poesías, que al fin vieron la luz, causando colosal sensacion, gracias al empeño de sus amigos, que con noble intencion lograron sustraérselas.

Sus poesías líricas forman dos tomos, uno de ellos compuesto de traducciones que las más veces superan á los originales. Sus obras dramáticas pasan de catorce y son las principales: *Las Dos flores*, *Los Dos son peores*, *Oro y oropel*, *La Escuela de las cuñadas*, *Duende y Serafín*, *Abnegacion*, *El Angel del Hogar*, *Una Noche de Carnaval*, *Soñar despierto* y *Un lirio entre zarzas*. El 19 de Diciembre de 1861 dió su primera obra á la escena, y el 21 de Junio de 1872 la última. Todas ellas se representaron con un éxito verdaderamente extraordinario, valiéndole envidiables obsequios, entre ellos una medalla de oro expresamente acuñada en honor suyo. No ha habido periódico alguno mexicano que no la haya consagrado entusiastas elogios, ni círculo literario que no se honrase colocando el nombre de la poetisa entre los de sus socios de mérito, ni mexicano que no rinda á su memoria el respeto debido á la que será siempre para aquella República una gloria nacional. Modesta, sencilla é inspirada, sus obras se distinguen por su dulzura, armonía y pureza. Pulsaba su li-

ra en la tierra, la templaba en el cielo, y la hacia sonar en los corazones: sus composiciones suenan como notas arrancadas de cuerdas de oro por dedos de diamante: todas la virtudes las recitan como escritas para ellas, y nadie que las conozca duda que la poetisa haya sido recibida en los cielos como uno de esos seres privilegiados que jamas han dejado de usar bien la inteligencia, ese supremo destello de la divinidad y el genio, esa chispa iluminadora de las pupilas de Dios.

Á MI HIJO DANDO LIMOSNA.

Dios te bendiga, arcángel adorado,
Por la dulce bondad que tu alma llena,
Y te hace, compasivo, toda pena
Con cariñoso anhelo consolar;
Encanto y embeleso de mi vida,
En cuya dulce faz se mira el cielo,
Presto la flor divina del consuelo
Logra en tu tierno corazon brotar.
Cuando al traves contemplas de la reja
Al sér desventurado que te implora,
—*¡Oh madre!* me preguntas *¿por qué llora?*
Con tu argentina y armoniosa voz;
Y al ver al niño que desnudo, hambiento,
En tí fija sus ojos con angustia,

Y en su faz débil, macilenta y mustia
El sello lleva de miseria atroz:
—*Madre, tiene hambre*, tu purpúreo labio
Con tierno acento de piedad murmura;
Y una perla del alma fresca y pura
Humedece tu rostro encantador;
Y tendiendo tus blancas manecitas,
Tu ofrenda presentando con cariño,
Das sonrisas y pan al pobre niño,
Y al desgraciado caridad y amor.
¡Es un cuadro tan bello! No podrian
Los sueños del artista y el poeta
Arrancar á su lira ó su paleta
Una imágen más fresca é ideal
Que ese querub de rubia cabellera
La indigencia afectuoso consolando,
Sus dulces ojos húmedos alzando,
Sonriendo sus labios de coral.
Hijo, en esos instantes me pareces
Más que los mismos serafines bello;
Brilla en tu faz el fúlgido destello
De la santa y sublime caridad.
Tu ángel custodio al verte se sonrie,
Y extendiendo sus alas dulcemente,
Cubre con ellas tu rosada frente,
Formando una aureola á tu beldad.
¡Hijo, es tan dulce al alma de tu madre
Contemplar, al traves de tu belleza,
La generosidad y la grandeza,
De tu tierno, inocente corazon!
¡Le es tan dulce sentir que tu alma pura,
Que aún no desciende al fondo de la tierra,
Esa infinita compasion encierra,
Del cielo mismo inapreciable dón!
Y no obstante, una idea dolorosa,

Un triste pensamiento, vida mia,
Empaña con su sombra esa alegría,
Destello de mi orgullo maternal.
¿Qué harás en las borrascas de la vida
Que el porvenir destrozan inclementes,
Cuando á su embate tu bondad presentes
Como escudo á tu seno virginal?
Apénas has cumplido tres abriles,
Y comprendiendo el mundanal quebranto,
Las cándidas primicias de tu llanto
Ofreces al ajeno padecer.
¡Ay! apénas al cáliz de la vida
Pretendes acercar tus labios rojos,
Y empiezan á punzarte los abrojos
De la senda que debes recorrer.
¡Y estás en el umbral! En este instante
Sólo alcanza tu vista una llanura,
Que, cubierta de flores y verdura,
La imágen muestra del perdido Eden.
El cielo es siempre azul; el sol naciente
Con blondos rayos el paisaje dora;
De celajes de púrpura, la aurora
El velo arranca á su rosada sien.
Todo es frescura, aromas y armonía;
En derredor de tí se abren las flores,
De la luz matutina los albores
Se miran en el lago de cristal;
Inocente y risueño jugueteas
Sobre esa verde y perfumada alfombra;
Duermes tu sueño á la bendita sombra
Del inmenso cariño paternal.
Eres feliz, mi bien... ¡Ay! es la hora,
La hora de la indolencia y la alegría;
Es el amanecer de un bello dia.....
Hijo, ¡bien corto ese momento es!

Presto se nubla el luminoso cielo,
Brama la tempestad con sus horrores.....
Hoy yo sufro al pensar en los dolores
Que romperán tu corazon despues.
Es la suerte comun de los mortales,
Y es inútil luchar contra la suerte;
Al abrigo tan sólo de la muerte
Se libra de sufrir el corazon.
Y es bien larga la senda de la vida,
Y por tumbas queridas señalada,
Se llega siempre al fin de la jornada
Encerrando en el pecho un panteon.
¡Oh! ¿Por qué hablarte así? ¡Pobre ángel mio!
¿Por qué la amarga voz de la experiencia
Ha de mostrarte del dolor la ciencia,
Que presto por tu mal conocerás?
Sé bueno y haz el bien; un lenitivo
Dará á tus penas el placer ajeno;
Hijo del corazon, haz bien, sé bueno,
Y un goce en tus pesares hallarás.
Hijo, mi bien, mi hechizo, mi esperanza,
Realizacion de mi ilusion más bella,
Diáfana luz de inmaculada estrella,
Que lo ilumina todo en mi redor;
Pura gota de nítido rocío,
Que del alma refrescas la dolencia,
Blanca flor, que embalsamas mi existencia
Con el casto perfume de tu amor.....
¡Hijo! ¿A qué decir más? ¡Hijo! Este nombre
Lo dice todo en su inefable encanto;
Es la voz de un afecto inmenso y santo,
Como no existen en la tierra dos.
Este nombre es un beso, una sonrisa,
Una plegaria tímida y ferviente;
Es un himno de amor, que reverente

Eleva el alma agradecida á Dios.
Vén, acércate á mí; tu frente pura
Apoya con amor sobre mi seno;
Fija en mis ojos tu mirar sereno;
Sonríeme..... ¡Cuán bello estás así!
¡Cuán dichosa me siento en este instante!
Dame un beso, otro aún, otro... ¿Me quieres?
Sé bendito, mi bien, porque tú eres
La bendicion del cielo para mí.

EL «NO ME OLVIDES».

Hijo, ¿por qué has arrancado
Esa pobre florecilla?
¿Por qué crüel la separa
Tu preciosa manecita
Del verde tallo en que alegre
Y lozana se mecia?
Hace un instante tan sólo,
Llena de encanto y de vida,
Al rayo del sol naciente
Que prestaba blandas tintas
A sus pétalos azules,
Amorosa sonreia;
Hace un instante que fresca
Y embalsamada la brisa,
Besaba con un suspiro
Sus delicadas hojillas;
La fuente le murmuraba
No sé qué cancion sentida,
Presentándole el espejo
De su trasparente linfa,

Y ella, coqueta y graciosa,
En el cristal se veia,
Con la corona de perlas
La pura frente ceñida,
Que en el cáliz de las flores
La mañana deposita.
El colibrí que jugando,
La miel de las flores liba,
Mil amorosas protestas
Apasionado le hacía;
La traviesa mariposa,
Que en torno del pensil gira,
Al detenerse á su lado
La miraba con envidia,
Al ver que de sus colores
El brillo palidecia
Ante esa flor, que á los cielos
Robó la süave tinta,
Del limpio azul que reviste,
En nuestra patria querida,
En esas noches de otoño
Embalsamadas y tibias.
Era su vida la imágen
De tu existencia tranquila,
Por la luz iluminada
De mi ternura infinita,
De las caricias paternas
Al blando aliento mecida....
Y como la dulce flor
En el arroyo se mira,
Tú te miraste en mis ojos,
Vida de la vida mia.
— Madre, era para adornarte,
Clama, fijando la vista,
En la mústia flor el niño,

Con voz dulce y compungida.
—Hijo, mi mejor adorno
Son tus alegres sonrisas,
Tus apacibles miradas,
Tus candorosas caricias,
Tus virtudes inocentes,
Y tu amor, prenda bendita,
Que es mi joya más preciosa,
Es mi presea mas rica.
De tu inocencia el destello
Dulce mi frente ilumina,
Y ni diamantes ni flores
Su brillo igualar podrian.
Una madre, alma de mi alma,
De adornos no necesita,
¡Qué más adorno que un ángel
Que el cielo mismo le envia!
¡Pobre flor! hace un momento
Feliz en su tallo erguida,
De Dios la bondad inmensa
Afectuosa bendecia;
Porque su aroma süave,
Su belleza peregrina,
Son el himno reverente,
Son la plegria sencilla
Que elevan á Dios las flores
Humildes y agradecidas.
¡Pobre flor tímida y dulce
Que el recuerdo significa!
Y «No me olvides» repite
Con su tierna vocecita,
Muy bajo al sol que se esconde,
Cuando la tarde declina.
«¡No me olvides!» Tú no sabes
La deliciosa armonía

Que encierran esas palabras
En su elocuencia expresiva.
«¡No me olvides!» Los ausentes
Murmuran con ánsia viva,
Estas palabras tan tiernas,
Que entre el llanto se deslizan;
Y los seres adorados,
Que bajo la losa fria
De su sepulcro reposan,
Desde la mansion divina
Do vive gozosa el alma,
Libre de mundanas ligas,
Esos sentidos acentos
Tiernamente nos envian
En el canto de la aves,
En el soplo de la brisa,
Y en el susurro armonioso
De la fuente cristalina.
¡Pobre flor, ántes tan bella,
Que ahora mustia y marchita
Sobre tu mano de nieve
Se dobla descolorida!
De la brillante diadema
Con que su frente ceñia,
Queda una perla tan sólo,
Que en su cáliz escondida,
Es una lágrima dulce
Con que llora su agonía;
Y su perfume ya vago
E imperceptible, suspira
Un sollozo contenido,
Una queja dolorida.
—«¡Pobre flor! exclama el niño
Con expresion pensativa.
Pobre florecita azul

Tan delicada y tan linda!
Yo no quiero que se muera,
Yo no quiero..... Madre, mira,
Voy á ponerla de nuevo
En su rama..... No te aflijas.
Y en la esperanza risueña
Que su inocencia le inspira,
Junto á la modesta planta
Poniéndose de rodillas,
Al tallo despedazado
La flor moribunda aplica.
Sus inútiles esfuerzos,
Hondamente conmovida,
Observa la Madre absorta
Con inefable sonrisa;
Hasta que viendo imposible
Lograr lo que pretendia
El pobre niño, angustiado,
La rubia cabeza inclina,
Y cruzando sobre el pecho,
Afligido, las manitas,
Lleva la flor macilenta
A su boca purpurina,
Miéntra una gota de llanto
Humedece su pupila,
Y rodando lentamente
Por su rosada mejilla,
Cae en las azules hojas
De la dulce florecita.
Al embalsamado soplo
De esa cándida caricia,
A la frescura celeste
De esa gota diamantina,
Rocío refrigerante
Que del corazon destila,

Y la ternura demuestra
De esa alma serena y limpia,
La mustia flor se estremece,
Apura la perla nítida,
Que sus agotadas fuerzas
Blandamente reanima,
Y enderezando su tallo
Cobra la color perdida.
La madre estrechando al hijo
En sus brazos con delicia,
Imprimiendo un tierno beso
En su frente alabastrina,
Murmura con un acento
En que confundidas vibran,
De su seno conmovido
Las emociones distintas;
—Hijo, una lágrima pura
El mal más acerbo alivia.....
Cuando los ángeles lloran
Nuestros dolores mitigan.

—

A UNA MARIPOSA.

. . . . . .

Eres un alma que vuelve
De un mundo desconocido,
Llamada por el gemido
De otra alma que aquí dejo;
Y entre la tierra y el cielo
Por su esencia suspendida
Busca la dicha en la vida
Del cielo que abandonó.

Por un recuerdo acosada
De más completa ventura,
Hácia otra region más pura
Intenta el vuelo elevar;
Y por la voz cariñosa
Hácia la tierra atraida,
El cielo de nuevo olvida
Y vuelve al mundo á viajar.
Yo comprendo bien que un alma
Se encuentre en el cielo inquieta
Si por su mal incompleta
Aquí dejo su mitad,
Que para hacerla olvidarse
De ese irresistible anhelo,
La felicidad del cielo
Es débil felicidad.
Mariposa, si es un sueño
Extravagante esta idea,
Al corazon que la crea
Es dulce y consolador
Pensar que puede la fuerza
De un sentimiento profundo,
Volver un alma á este mundo
En las alas de ese amor.

JOSÉ ROSAS.

José Rosas Moreno nació en la ciudad de Lagos en 1838 y concluyó su educacion profesional en 1854.

Afiliado en el partido liberal, sufrió persecucion y prisiones durante la administracion reaccionaria del ilustre general-presidente D. Miguel Miramon. En 1862 fué regidor del Ayuntamiento de la ciudad de Leon, y posteriormente, á la caida del imperio de Maximiliano, fué elegido diputado á los tres congresos de 1867, 70 y 72.

Publicó su primera coleccion de poesías con el título de *Hojas de rosa* en 1864. Como dramático ha producido las siguientes obras: *Flores y espinas*, *Una Mentira inocente*, *Nadie se muere de amor*, *Un Proyecto de divorcio*, *Los Parientes*, *El Pan de cada dia*, *Sor Juana Ines de la Cruz*, *La Mujer de César*, *Al rededor de la cuna*, *El Bardo de Alcolhuacan*.

Dedicado á escribir libros de primera enseñanza ha producido bellísimas obras infantiles: *Fábulas* (3 ediciones), *Nuevo libro segundo* (16 ediciones), *La Ciencia de la dicha* (3 ediciones), *Ortología* (3 ediciones), *Recreaciones infantiles* (3 ediciones), *Libro de la infancia* (2 ediciones), *Un Viajero de diez años*, *Excursiones al cielo y la tierra*, y otras. Con el mismo fin instructivo y moralizador, ha escrito bellísimas comedias infantiles para ser representadas por niños; *El Año nuevo*, *El Premio de la virtud*, *Amor filial*, etc.

Como periodista ha redactado diez publicaciones políticas ó recreativas que en su mayor parte fundó tambien.

Quizá ningun otro poeta mexicano ha sabido imprimir tan inefable ternura á sus composiciones como Rosas á las suyas. Es flúido y natural en altísimo grado; su lira está formada de ramos de mirto, y sus cuerdas, de estambres de las flores. Su inspiracion se desliza como un arroyo sin cauce por un campo primaveral; más que el ruiseñor de los bosques, es la tórtola de los jardines.

LA PRIMAVERA.

¡Santa luz, cuántos colores
Derrama el naciente dia!
La estacion de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.
Con inefable dulzura
Gime el céfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.
Al traves del bosque umbrío
Pasan las ondas del rio
Que las auras estremecen,
Y los álamos se mecen
Abrumados de rocío.
Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos suaves
Que le responde el torrente.
Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.
Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiros y las flores,
Las flores y el firmamento.
En los últimos confines

Que limita el horizonte,
Hay verjeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen blancos los jazmines.
Todo á los ojos encanta,
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta;
Pero, ¡ay! entre dicha tanta
Sólo yo no soy dichoso.
Todo se agita gozando
Con sonrisa placentera
Y está de amor suspirando...
Sólo yo vivo llorando
En la dulce primavera.
Sus encantos seductores
No mitigan mis dolores,
Y me son indiferentes
Los árboles y las flores
Los céfiros y las fuentes.
Con su mágica belleza
La feraz naturaleza
Mis sufrimientos no calma.
Siento en el fondo del alma
La opresion de la tristeza.
En vano entre mil fulgores,
Viene, de flores ceñida,
La estacion de los amores,
Pues no trae entre sus flores
Ni una flor para mi vida.
Ya nada me halaga, nada;
Me hace sufrir cuanto existe,
Porque tiendo la mirada
Y todo lo encuentro triste
Como la dicha pasada.
Sin amor, sin ilusion

Y en eterna agitacion,
Camino trémulo, incierto...
Mi existencia es un desierto,
Ya no tengo corazon.
Ese viento, esa armonía,
Esas flores que se mecen,
Esa sonrisa del dia
Con su luz, con su alegría
Mi corazon entristecen.
¡Ay del que llora perdida,
Lleno de afan y dolor,
Su esperanza más querida!
¡Ay del que pasa la vida
Sin esperanza de amor!
No hay dolor que no me hiera,
Muy desdichado nací:
Nada el corazon espera:
Para mí no hay Primavera,
No hay ventura para mí.

— —

EL VALLE DE MI INFANCIA.

Salud, ¡oh valle hermoso!
Albergue del placer, donde dichoso
Entre sueños espléndidos de amores,
Vi deslizarse un dia,
Cual se desliza el agua entre las flores,
Los dulces años de la infancia mia.
Valle umbroso, salud: hoy el viajero
Tu abrigo lisonjero
Busca ansioso con ávida mirada;
Bendice la quietud de tus verjeles,

Y reclina su frente ensangrentada
Á la sombra feliz de tus laureles.
Aquí está la montaña, allí está el rio,
Allá del bosque umbrío
La silenciosa majestad se admira;
Allí el lago retrata el firmamento;
La fuente más allá, lenta suspira,
Y agitando los sauces gime el viento.
Allí la cruz está donde inspirado,
El bien del desgraciado
Imploraba con místico cariño,
Elevando á los cielos mis plegarias,
Y estas agrestes rocas solitarias,
Las mismas son que amé cuando era niño.
Pero es otro el rocío, otra la brisa
Que hoy el Abril te da con su sonrisa;
Otras las rosas son de encanto llenas
Que brillan entre el césped de tu alfombra,
Y otras, y otras tambien las azucenas
Que crecen á tu sombra.
Cual las olas que pasan suspirando,
Los años van pasando;
Un instante con flores se embellecen,
Un punto brilla su fulgor mentido,
Y al fin se desvanecen
En las oscuras sombras del olvido.
¿Adonde están ahora aquellas rosas
Tan puras, tan hermosas?...
Están, ¡oh valle! donde está la calma
De aquellos bellos dias tan risueños;
En donde está mi amor, gloria del alma,
Y en donde están tambien mis dulces sueños.
Yo era feliz aquí; yo me adormia
En plácida alegría,
Por la dulce inocencia acariciado.

Sin más amor que tú, sin otro anhelo
Que amar tus flores y cruzar tu prado,
Cantar tus fuentes y mirar tu cielo.
Una tarde las aves se alejaban,
Y al ver cómo volaban,
Sentí el alma agitarse en ánsias locas,
Y quise como el águila atrevida
Cruzar las selvas, dominar las rocas,
Y aspirar otro ambiente y otra vida.
Y al huracan seguí, y al ver el mundo,
Sentí en el corazon horror profundo;
Anhelé las tranquilas soledades
Donde feliz reia,
Y sentí que mi espíritu oprimia
La atmósfera letal de las ciudades.
Gozo y placer busqué, gloria y ventura;
Y sólo hallé amargura,
Inquietudes y afan, tedio y congojas;
Del viento del dolor al soplo ardiente,
Cual de tus bellos árboles las hojas,
Se secó la guirnalda de mi frente.
En vano allí busqué la dulce calma
Y el casto amor del alma:
Sólo en la multitud con mis pesares
Me confundí gimiendo,
Y apagóse perdido entre el estruendo
El tímido rumor de mis cantares.
Esquivando el furor de la tormenta,
Cual ave voy que el huracan ahuyenta,
Y ansioso busco ahora
En tu silencio plácido y tranquilo,
El apacible asilo
Donde al ménos en paz el alma llora.
Tambien ¡oh valle! á marchitar tus galas
La airada tempestad tiende sus alas;

Tus flores huella y con furor se agita
Marchitando sus vívidos colores...
¡Dichosas esas flores
Que el huracan marchita!
Léjos contemplo ya la infancia mia,
Y muy léjos la tumba todavía;
Oculto afan me mata,
Mi destino en la tierra es muy incierto,
Y lúgubre á mi vista se dilata
Inmenso el porvenir como un desierto.
Sin oir una voz dulce y querida,
Solo estoy en el valle de la vida,
Cual el cipres doliente
Que en eterno abandono se consume,
Sin guirnaldas de hiedras en su frente,
Sin que le dé una flor grato perfume.
Nadie piensa en mi amor, nadie me mira,
Nadie por mí suspira;
Tan sólo la tristeza
Con mis dolores gime,
Y entre sus brazos trémula me oprime
Y reclina en su seno mi cabeza.
El alma ardiente que en mi afan seguia
Dulce hermana inmortal del alma mia,
Me niega su ternura,
Y sin oir mi queja,
Insensible á mi amarga desventura,
Sin enjugar mis lágrimas se aleja.
Ya que en vano la llamo cariñoso
Para cruzar con ella el bosque umbroso;
Para contarle amante mi querella
Y dividir con ella mi alegría;
Para soñar con ella,
Esta sombra de amor que dura un dia,
Á lo ménos gozar el alma quiere

En el sueño ideal que nunca muere,
Del infinito anhelo
En que Dios le revela su destino,
La esperanza feliz del bien divino
Con que existen las almas en el cielo.
Aquí morir quisiera
Al rumor de tu brisa lisonjera;
Pero ¡ay! deliro, mi ansiedad es vana,
Y el soplo sigo del destino airado...
¡Quién sabe en dónde me hallaré mañana!
¡Quién sabe en dónde moriré ignorado!
Queda en paz, dulce valle, umbroso asilo,
Donde existí tranquilo,
Plácido albergue de mi amor primero.
Ya va el sol ocultando sus fulgores,
Y adios te dice el infeliz viajero
Empapando en sus lágrimas tus flores.

ADAN Y EVA.

Del sol á los postreros resplandores,
Desalentado, y triste, y sin ventura,
Cruza Adan por el árida llanura,
Devorando en silencio sus dolores.
Al pasar los alegres ruiseñores,
Se acuerda de su Edén con amargura,
Y piensa sin cesar en su hermosura,
Y en sus tranquilas fuentes y en sus flores.
Eva que mira su penar doliente,
Le acompaña á llorar dando un gemido,
Y amorosa le mira tristemente.
El, entónces, la estrecha conmovido,

Estampa un beso en su serena frente,
Y hasta se olvida de su Edén perdido.

Á LAURA.

Graciosa junto á mí pasaste un dia;
Me viste con placer y con ternura,
Y esclavo de tu voz y tu hermosura,
Sintió mi corazon tu simpatía.
Desde entónces inquieta el alma mia
Cifra sólo en mirarte su ventura,
Tus sonrisas disipan mi amargura,
Tus miradas me llenan de alegría.
Siempre por tí de amor triste suspiro;
Sin verte ¡oh Laura! de pesar me muero,
Y á verte siempre sin cesar aspiro.
Mirarte siempre sin cesar espero,
Y más te quiero cuanto más te miro,
Y más te miro cuanto más te quiero

JOSÉ MARÍA VIGIL.

José María Vigil nació en Guadalajara, capital del estado de Jalixco, en México. Es uno de los más eruditos literatos mexicanos, y quizá el que más profundos estudios ha hecho de la antigua literatura española. Goza de gran fama como periodista, y ha sido director y fundador de ilustrados órganos de la opinion pública. Emigrado durante el imperio de Maximiliano, fundó en San Francisco de California *El Nuevo Mundo*, periódico que áun hoy subsiste. Antes de 1863 organizó la biblioteca pública de Guadalajara, de la que fué director. Ha sido diputado á siete Congresos, y Magistrado de la suprema córte de Justicia. Fué uno de los más decididos partidarios del presidente de aquella república D. Sebastian Lerdo de Tejada, y uno de los que más trabajaron con su pluma por su elevacion á la presidencia, con riesgo de su persona é intereses. Co-

menzó con D. Juan Hijar y Haro la publicacion de una voluminosa y notable *Historia del ejército de Occidente.* Ha dado á luz dos gruesos tomos de poesías bajo el título de *Flores de Anáhuac,* que contienen más de 200 composiciones líricas y cinco obras dramáticas: *La Hija del carpintero, Víctimas y verdugos, Dolores, El Demonio del corazon, Un Demócrata al uso.*

Forman aquéllas tres grandes divisiones en el órden siguiente: *El Libro de la patria;* se refiere á las glorias adquiridas por sus compatriotas ya en el terreno de la ciencia y la literatura, ya en los campos de batalla: *El Libro del corazon;* casi en su totalidad es inspiracion de la musa erótica: todo el mundo de fases que reviste el sentimiento se encuentra en él representado con sus múltiples formas: *El Libro de la familia,* flores del hogar consagradas á su esposa é hijos.

Vigil es un poeta de sosegada inspiracion, sencillo en las imágenes y claro en la manera de expresar su pensamiento. La forma de sus composiciones es perfectamente clásica, un tanto anticuada, pero á la manera de Lope y Calderon. El fondo es siempre filosófico, y las más veces hace meditar, porque escribe más para conmover al espíritu que para halagar al oido.

I

Silencio, corazon m
Reposa tranquilo y deja
Dormir tu destino impío,
Que encadena tu albedrío
Con la ilusion que se aleja.
Devora sólo la suerte
Infeliz que te tocó;
Busca y hallarás la muerte
En ese descanso inerte
En que el mundo te encerró.
Duerme un sueño, sin soñar
Con ilusiones traidoras;
No vuelvas á despertar
A sentir ni acariciar
Esperanzas seductoras:
Pues sabes bien que no existe
En el fondo del placer
Más que un desengaño triste.....
Corazon, mucho sufriste:
¡No vuelvas á padecer!

II.

—En la cárcel de tu pecho
Aspiro en vano á vivir;
No puedo estar satisfecho
Cuando zozobro deshecho
Sin vida ni porvenir.
Noche triste, cielo oscuro,
Muda y silenciosa calma,
Aire de tumbas impuro,

Turbado por el conjuro
De dichas que llora el alma.....
¿Puedo por ventura asi
Vivir sin amor ni gloria?
Puedo ¡ay! arrancar de mi
La dicha que concebí
Y que guarda la memoria?
No sentir es no sufrir,
Pero tampoco es gozar.....
No sentir es no vivir,
Y no vivir es dormir
Sin placer y sin pesar.—

III.

Sin pesar y sin placer,
¿Por qué corazon te quejas?
¿Para qué no obedecer
Y llorar y hácia atras ver
El mundo de que te alejas?
¿No oyes que el viento arrebata
El eco de tus cantares?
¡No ves cómo el tiempo mata
La esperanza que hoy dilata
La esfera de tus pesares!
Presto la risa se hiela
Entre esos labios de grana;
La agitacion que desvela
Sin dejar vestigio vuela
Cual vapor de la mañana.
Leve sombra, frágil sueño,
No deja la vida en pos
De su fatigoso empeño,
Ni ese recuerdo halagüeño
Que deja el último adios.....

Lágrimas, risas, amores,
Desengaños..... todo cede.....
Pasa cual débiles flores,
Que del tiempo á los rigores
Nada resistirse puede.....
Ese polvo que hoy pisamos,
Cifra de lo que sentimos,
Es el bien que abandonamos
Cuando al abismo bajamos
De donde tristes salimos.
Un sueño nos precedió,
Y un sepulcro nos espera.....
Luz que los aires cruzó,
Es la vida un *qué se yo;*
La ventura, una quimera.
¿Para qué es, pues, devorarse
Por saciar un sentimiento,
Que jamas ha de llenarse,
Que jamas ha de fijarse
Cual jamas se fija el viento?.....
Corazon, mira hácia atras
Y latidos más serenos
Por dicha tuya tendrás;
Pues si no hay placer de más,
Hay sufrimiento de ménos.....

A MI HIJO.

Si sufres, que mis consejos
En tu pecho se conserven.
Nunca adules al dichoso,
Nunca al infeliz desprecies,

A la virtud y á la ciencia
Inclina sólo la frente.
Trabaja, que esa es del hombre
Sobre la tierra la suerte,
Y no hay un pan más sabroso
Que el que el sudor humedece.
Del magnate los favores,
Hijo mio, nunca anheles;
Ni pidas al poderoso
Ni al desventurado niegues.
No cambies tu independencia
Por efímeros placeres,
Que sólo dejan hastío,
Desesperacion y muerte.
En el silencio, en la calma
Del estudio, únicamente
Hallarás los dulces goces
Que la existencia embellecen.
Cada verdad que conquistes
Es una joya esplendente
Que ni el tiempo deteriora
Ni el mundo robarte puede.
Si la fortuna enemiga
Acaso tu frente hiere,
A sus golpes inhumanos
Nunca jamas te doblegues.
Jamas bajo la desgracia
Te abatas ni desesperes,
Tu dignidad humillando
O no haciendo lo que debes;
Que es el bien sumo del hombre
Estar bien consigo siempre,
Presentándose ante el mundo
Sin que nada le avergüence.
Conserva en tu corazon,

Hijo, mis palabras fieles,
Evocando mi recuerdo
Cuando del mundo me aleje;
Porque no anhelo más dicha,
Más riqueza, más laureles,
Que hijos que honren mi memoria,
Y un nombre sin mancha lleven.

IGNACIO RAMIREZ.

Ignacio Ramirez, que sus discípulos y admiradores llaman y hacen llamar *el Maestro*, es una de las más eminentes personalidades de su patria, por cuya libertad intelectual y progreso ha luchado con firme teson, sin arredrarse ante los peligros y persecuciones de que ha sido objeto, no sólo por parte de sus enemigos, sino tambien de sus propios correligionarios en ideas.

Siendo muy jóven aún y concluida apénas su carrera de abogado, disputábanse sus cátedras las más notables escuelas de Derecho, y su aparicion como periodista avanzado y de combate, hizo vacilar y estremecerse en sus cimientos al autocrático gobierno del famoso general Santana, que temblaba al solo nombre de aquel Voltaire del Nuevo Mundo, y ni él ni sus sucesores descansaban sino teniéndole en prision y encadenado.

El ilustre presidente Juarez, á cuya vista de águila no podia ocultarse la importancia de hacer cooperar á su obra regeneradora á un hombre como Ramirez, le llamó várias veces á formar parte de su Consejo de Ministros, y como tal, desempeñó las carteras de Justicia, Instruccion pública y Fomento.

El voto popular le elevó desde los primeros momentos de su vida pública á la magistratura de la Suprema Córte de Justicia, y constantemente le ha reelegido para tan importante cargo, sin necesidad de apoyo ni recomendacion oficial.

Con el triunfo del general Diaz, actual presidente de la República, volvió á desempeñar una cartera de su primer ministerio, que dejó para pasar nuevamente al Supremo Tribunal.

Sus notabilísimas cátedras de literatura no han producido verdaderos discípulos, pues sus lecciones se refieren, más que á los textos, á su modo especial de ejercer su crítica elevada, pero burlona, incisiva, cáustica y escéptica sobre todo en grado inverosímil.

Este carácter especial ha hecho que no haya obtenido más conquistas que las de la admiracion y el temor: si se le ama, es sólo por la atraccion que ejerce la majestad con que ha soportado sus desgracias.

Es estoico por naturaleza; á quien se acerca á él demandándole consuelo, le aconseja que destroce y pulverice el corazon, para que no teniéndole, no le duela. Compara los infortunios ajenos con sus propios infortunios, y los desprecia y rie de ellos, no como filósofo, sino como sér insensible. En cuanto al arte, le ha soñado ó visto tan perfecto, que no cree posible llegar á él: á sus composiciones, en su mayor parte magníficas, no da él valor alguno, no por modestia, sino por conciencia que tiene de que así debe hacerlo; y cuando elogia las de los demas, lo hace por bondad de carácter, no porque las crea capaces de resistir á su severa, profunda y realista crítica.

Ignacio Ramirez es una grandiosa figura literaria, filosófica y política, que, como Voltaire, con el cual tiene gran semejanza moral, no podrá ser verdaderamente juzgado sino en el porvenir. Lo único que puede predecirse es que será considerado como una de las más legítimas glorias de su nacion.

AL AMOR.

¿Por qué, Amor, cuando espiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa

Doncella tan ardiente y tan graciosa
Que por mi oscuro asilo has asomado.
En tiempo más feliz yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.
Hoy de mi mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla,
Y libre yo mi presa al aire entrego;
Al inerme leon el asno humilla.....
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luégo
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

FRAGMENTOS

I.

. . . . . .
¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan Natura y el Acaso?
Si derramado por la edad le veo,
Sólo en las manos de la sábia tierra
Recibirá otra forma y otro empleo.
Cárcel es, y no vida, la que encierra
Privaciones, tormentos y dolores,
Ido el placer, la muerte ¿á quién aterra?
Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi pecho vacilante avanza;
Nací sin esperanza ni temores.
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

II.

Anciano Anacreon, consagró un dia
Un himno breve á Vénus orgullosa.
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegia.
Las palomas jugaban sobre el carro
Y una sonrisa remedó la fuente;
Y la Fama cantó que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente
Y las aves murmuran de algun beso.

MANUEL M. FLORES

Manuel M. Flores es el poeta de ese amor que necesita para desarrollarse el clima abrasador del verano de Nápoles, y tener bajo sus piés el suelo palpitante del Vesubio, y estar iluminado por el reflejo de una erupcion de aquel sepultador de ciudades: las más veces le inspira lo que se ha llamado el demonio de Byron: como éste, estremece áun con su ternura. Los cantos eróticos de Flores son la voz de la tormenta de la pasion. Su lira de hierro enrojecido sólo tiene acentos para la mujer, de la que hace una diosa mitológica tan pronto rebosando virtudes, tan pronto miserias, pero grande y magnífica siempre, como Luzbel ántes y despues de su caida. Tal es su aficion. Recorred sus irreprochables traducciones ó imitaciones de los mejores poetas, y veréis que siempre ha elegido los pasajes de más sublime ó demente pasion: del Dante, *Francesca;* de Horacio,

Glicere; de Shakspeare, *Ofelia* y *Julieta*: de Goethe, *Fausto;* de Heine y del cruel Lessing, los más sangrientos epigramas.

Flores es en su género lo que en el suyo son sus dos compatriotas Justo Sierra y José Rosas: joyas de altísimo precio.

Flores es un poeta de grande inspiracion; su versificacion, llena, conceptuosa y musical. Tiene el solo defecto de descuidar mucho la prosodia: él mismo lo confiesa en las cuatro palabras que puso al frente de sus poesías. El que conoce y descubre sus faltas, bien puede corregirlas sin dejar este trabajo á sus amigos, que si son buenos, no es posible se resignen á ser sus cómplices en su extraña manera de detener los golpes de la crítica.

EVA.

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* extremecia.
Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez. Amanecia,
Y del Criador la mano soberana
Ceñia con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,

La frente virginal de la mañana.
Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera.
Y levantando púdica su velo
Gentil la Primavera,
Al ostentar magnífica sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.
Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barrancos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.
El denso bosque, presintiendo el dia,
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordada en flores;
El agua alegre, juguetona, huia
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.
Era la hora nupcial. Todas las olas
De los rios, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas.
Vagorosos los tímidos céfiros
Al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Desatando el raudal de sus canciones
Inundaban de músicas el viento.
Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del cáos áun deslumbrada,

Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecia.
¡El Hombre! Allá en el fondo
Más secreto del bosque, de la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra,
Más tupidas las flores
Y más rico y fragante el limonero;
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y cantaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas;
Dó más bello tendia
Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormia,
Aquel era su hogar, el Paraíso.
El mundo inmaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno.
Dios miró lo criado
Y encontró que era bueno.
Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra, dormido, de una palma
Estaba Adan. Su frente pensadora,
Su noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño se cubrian
De una vaga tristeza.
Oreaba sus cabellos el cefiro;
Blandamente su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio pasaba.
¿Padecia?..... ¡Quizás!..... En su retiro

Sólo el Criador con el dormido estaba.
Era el hombre primero, y ya su labio
De la existencia en el primer momento
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno;
Pero él estaba solo..... El aislamiento
Trasformaba en proscrito al soberano.....
Entónces el Señor tendió su mano
Y el costado de Adan tocó un instante.....
. . . . . .
. . . . . .
Suave, indecisa, sideral, flotante
Cual ligero vapor de las espumas,
Cual casto rayo de la luna errante
En un jiron perdido de las brumas;
Cual nacida del cáliz de las flores,
Con sus pétalos hecha y sus colores,
Viviente perla de la aurora hermosa,
Lampo de luz del venidero dia
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibia,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adan..... Adan dormia.
La primera mujer..... ¡Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas,
¿Viste luégo en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechicera,
Más idëal que la mujer primera?.....
La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbra con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,

Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el iris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nube de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del iris los colores
Para con ellos colorar las plumas,
Para con ellos matizar las flores;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perenal hechizo,
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer..... esa te hizo!.....
La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios,
Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespon de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.
Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreia,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendia
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso.....
Eva era el alma en flor del Paraiso.
Y de ella en derredor, rica la vida

Se agitaba dichosa:
Naturaleza toda, palpitante,
Ceñia sus contornos voluptuosa:
Las hojas la cantaban
La cancion del susurro melodioso,
Al compas de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoroso:
La arrullaba la brisa con rumores,
Su cabello empapaba con aromas,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas,
En tanto que las flores,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia
Su pié bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luégo.
Iba á salir el sol, amanecia;
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adan dormia.
Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba,
Y su labio entreabierto sonreia
Eva le contemplaba,
Sobre el inquieto corazon las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos.
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno comprimido
Del corazon el férvido latido;
Sintiendo que el aliento que salia
Del labio abierto del gentil dormido
Abrasándole el suyo, la atraia,
Inclinóse sobre él.....
Y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante

Se estremeció de amor el Paraíso!....
Y alzó su frente el sol en ese instante.

—

BAJO LAS PALMAS.

Morena por el sol de Mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mia,
La rosa tropical de la montaña.
Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle ;
En su pasion hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.
Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasion en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.
Me tiembla el corazon cuando la nombro,
Cuando sueño con ella me embeleso,
Y en cada flor con que su senda alfombro
Pusiera un alma como pongo un beso.
Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.
Ella, la régia, la beldad altiva
Soñadora de castos embelesos,
Se doblega cual tierna sensitiva
Al aura ardiente de mis locos besos.
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,

Y grutas perfumadas con alfombra
De eneldos, y tapices de jacintos.
Y palmas de soberbios abanicos
Mecidos por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de canoros picos
Y lejanos torrentes caudalosos.
Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo de musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.
Por pabellon tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha la potente lumbre
Del espléndido sol americano.
Y se oyen tronadores los torrentes,
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.
Los labios de los dos, con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Despues..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

HOJAS.

I.

Amaba mi corazon,
Y mi corazon vendieron;
Más «*perdona*» le dijeron
Y ¿cómo no perdonar?....
Mi corazon sollozaba,

Sangrando estaba la herida,
Y le dijeron «*olvida*»,
Pero no pudo olvidar.
«Entre el perdon y el olvido
»Hay una distancia inmensa;
»Pude perdonar la ofensa
»Pero olvidarla..... jamas.»

II.

Vuelve á mi corazon, queda escondida,
Ilusion imposible de mi vida,
Ternura de poeta, pasion loca.....
Si no has de ser dichosa ni creida,
Vive en mi corazon, calla en mi boca.

III.

Así es la vida. Niebla pasajera
Que cruza vagabunda por la esfera
Deshaciéndose en vaga lontananza;
Y nuestra dicha, frágil é indecisa,
Un suspiro que pasa con la brisa,
Y un sueño nada más nuestra esperanza.

IV.

Allá cuando era jóven, el alma en primavera
Soñando ya en amarte, mi dulce compañera
Se desbordaba en flores
Y músicas de amor.
El aura de la vida ungió mi cabellera

Con el celeste aroma de la esperanza en flor.
Entónces una noche..... el cielo nos veia
Con sus miradas de astros; la bóveda sombría
Era un inmenso templo;
El sacerdote, Dios.
Ante él tu fe me diste, ante él te dí la mia.
Quedaron desposadas las almas de los dos.
Pero hoy la noche es negra. La bóveda enlutad
Es una inmensa tumba..... Murió mi desposada
Y mi alma con la suya
Muriendo se llevó.
El templo está desierto, la lámpara apagada...
¿Quién llora en las tinieblas?... ¿Aun puedo llorar

AGUSTIN F. CUENCA.

Agustin F. Cuenca nació en 1850, y es por tanto, uno de los más jóvenes poetas que en este libro figuran. Apénas comenzada su carrera de Jurisprudencia la abandonó para darse al cultivo de la literatura y tomar parte en las luchas periodísticas que, como prólogo de otras más sangrientas, agitaron los últimos años de la presidencia de D. Sebastian Lerdo de Tejada, y en ellas dió verdaderas pruebas de un noble valor civil.

En aquella época dió á la escena su drama *La Cadena de Hierro*, que en una sola noche le colocó en primera línea como poeta dramático, cimentando con justicia su reputacion.

En sus primeras composiciones como lírico llevó tan al extremo el deplorable defecto de los Góngoras, que dudo que él mismo pudiera haber descifrado aquellos ampulosos enigmas.

Léjos de irritarse con las sangrientas críticas de que fué objeto, su buen sentido le hizo cambiar de ruta, y es hoy dia un distinguido poeta justamente apreciado, y una sólida esperanza de la literatura de su patria.

Sus poesías tienen un colorido brillante; las imágenes que emplea son por lo regular atrevidas, y su estilo y el giro que le imprime tienen casi siempre novedad y elegancia, por más que áun tengan mucho que purgar en cuanto á gongorinas reminiscencias.

LA MAÑANA.

Tiende el sol cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos; la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.
Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es floron de resplandores
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.
Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzára un coloso

Con un turbante de llamas.
Matiza el cristal del rio,
Y lleva el rio en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.
De carmin tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.
Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un iris que cruza el cielo.
Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata
Azucenas de alabastro.
Presta al rizado plumaje
De los pájaros, colores:
Da colores al encaje
De las nubes, y al paisaje,
Perlas, pájaros y flores.
Todo es luz, aves, aromas;
Fuego el sol; llanto el rocío;
Flores el juncal; las pomas,
Roja grana; las palomas,
Blanca nieve; espuma el rio.
La oscura selva, rumores;
El torrente, centelleos
De divinos resplandores;
La alameda, ruiseñores;

Los ruiseñores, gorjeos.
Toda la naturaleza,
Cuando el sol la da calor
Al peso de su grandeza,
Es mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor.
Lasciva al placer, arroja
Del pudor los blancos velos,
Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja,
Ya tienen, bajo los cielos,
Los arroyos más cristales
Las rosas ménos espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreon más golondrinas'

NIEVE DE ESTÍO.

Copia fiel de tu belleza
Pediste ayer al espejo,
Que es el más puro reflejo
De la más noble franqueza,
Y siento de mi tristeza
Crecer los fieros enojos,
Porque para ver tus rojos
Labios y tu blanca frente,
No hay cristal más trasparente
Que las niñas de mis ojos.
La luz, de copiarte ufana,
Dió al espejo sus destellos,
Y entre tus negros cabellos

Viste colgando una cana:
Fué entónces marfil la grana
Que el rostro á besarte mueve,
Y trémula, fiera, aleve
Rompiste el cabello cano,
Que era un cisne de verano
Envuelto en plumas de nieve.
Presa de terribles luchas,
Como agravio á tus hechizos,
Viste despues en tus rizos
Otra cana y otras muchas,
Y triste en silencio escuchas
Cómo la razon proclama,
Que es el pensamiento llama
Que cuando más se enrojece,
Más el cabello emblanquece
Con el fuego que derrama.
Fijos en el claro espejo
Tus más claros todavía
Ojos, que causan al dia
Rubores con su reflejo,
Las blancas hebras del viejo
Cabello en su edad lozana
Arrancaste, y la galana
Luz de tu mirada, al verlas,
Fué luz que disuelta en perlas
Bajó á besar cada cana.
Un rizo blanco me envias,
De tus letras adoradas
Envuelto en las desmayadas
Misteriosas melodías;
Y en tus congojas sombrías
Pienso al ver tus canas bellas;
De unas y otras te querellas,
Unas son la noche oscura

Que nubla tu frente pura,
Las otras son sus estrellas.
Con ódio á torpes amaños,
Y venciendo tu altivez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus ventiun años;
Y sin temer desengaños,
Ni temer fieros desdenes,
Déjasme besar tus sienes;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor
Todas las canas que tienes.
Cuando en tí regocijado,
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado;
Cuando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido,
Y tiene allí por sentido
Ruiseñor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.
Cuando al verte sólo veo
Que eres claridad del dia,
Romántica fantasía
De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el árbol, que el rio
Copia en su cristal bravío
Querellándose de amor,
Madreselva cuya flor
Por galan tiene el rocío.
Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales

De los silfos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso,
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumuroso.
Queden tus negros cabellos
Ciñendo tu faz morena,
Y el negro ángel de la pena
Quede aprisionado en ellos;
El rizo de los más bellos
Que fueron nieve de estío,
Guardo yo en el pecho mio
Viendo tus congojas grandes;
Hay siempre nieve en los Andes
Y espuma en el mar bravío.

JUSTO SIERRA.

Justo Sierra es natural de Yucatan, é hijo de una familia que es gloria de su patria por tan distinguidos políticos y literatos como á su país ha dado.

Siendo muy jóven todavía se presentó como poeta en México, conquistando desde el primer instante puesto elevadísimo entre los literatos de la capital. De nadie se han hecho más entusiastas ni justos elogios; nadie como él ha sabido mantenerse en primera línea sin flaquear ni retroceder. Nació poeta, y es en su género el primero.

Los incidentes de su vida se empequeñecen y llegan á desaparecer ante las glorias de su talento, y así es que sólo apuntaré que como letrado pertenece al personal de la Suprema Córte de Justicia, y como representante del pueblo ha figurado con honor en distintos Congresos Constitucionales.

Su inspiracion es torrentosa y magnífica, valientes las imágenes que emplea, pindárico su estilo y llena y severa su versificacion. Sus defectos, que mucho ha corregido, consisten en la demasiada licencia con que abusa de los neologismos, y en su empeño de imitar la oscura fraseología de un grande y moderno escritor frances, lo cual le hace muchas veces desnaturalizar el espíritu propio de la literatura española, á la que no tiene más remedio que ajustarse el escritor de América, miéntras tenga la fortuna de que su idioma sea el magnífico castellano.

Como prosista tiene las mismas virtudes y defectos, y su firma en los periódicos atrae á éstos gran número de suscritores, seguros de que habrán de encontrar en los artículos de Justo Sierra trascendentales asuntos elevadamente desarrollados.

Como poeta dramático ha obtenido tambien grandes éxitos, pero no tan entusiastas como los que no se apartan jamas de él en el terreno genuinamente lírico.

PLAYERAS.

Baje á la playa la dulce niña,
Perlas hermosas le buscaré,

Deje que el agua durmiendo ciña
Con sus cristales su blanco pié.
Venga la niña risueña y pura,
El mar su encanto reflejará,
Y miéntras llega la noche oscura,
Cosas de amores le contará.
Cuando en Levante despunte el dia
Verá las nubes de blanco tul,
Como los cisnes de la bahía,
Rizar serenas el cielo azul.
Enlazarémos á las palmeras
La suave hamaca, y en su vaiven
Las horas tristes irán ligeras,
Y sueños de oro vendrán tambien.
Y si la luna sobre las olas
Tiende de plata bello cendal,
Oirá la niña mis barcarolas
Al són del remo que hiende el mar
Miéntras la noche prende en sus velos
Broches de perlas y de rubí,
Y exhalaciones cruzan los cielos,
¡ Lágrimas de oro sobre el zafir !
El mar velado con tenue bruma
Te dará su hálito arrullador,
Que bien merece besos de espuma
La concha-nácar, nido de amor.
Ya la marea, niña, comienza;
Vén, que ya sopla tibio terral;
Vén y careyes tendrá tu trenza,
Y tu albo cuello rojo coral.
La dulce niña bajó temblando,
Bañó en el agua su blanco pié;
Despues, cuando ella se fué llorando,
Dentro las olas perlas hallé.

—

DIOS.

Sólo hasta allí, donde el oscuro velo
Del misterio insondable se descoge;
Donde la luz del cielo
Extingue su onda, apaga su mirada;
Allí el alma del hombre es la penumbra
Del sér y de la nada.
¿Hasta allí? Nada más; donde perdido
Grano de arena de la playa eterna
Gira ignorado el sol; en donde mueren
Sin clamor, sin ruido,
Del ilímite océano las olas,
Do forman los planetas densa bruma,
En donde son los cúmulos de estrellas
Fosforescentes átomos de espuma.
¡Ah! yo iré más allá; la inteligencia
Sólo un paso ha medido,
Desde el mundo raquítico y vencido
Á do alcanzan los ojos de la ciencia.
Como el cóndor pujante de los Andes
Que dejando á sus piés la cordillera
Cual una lista oscura
En la niebla del mar desvanecida,
Se lanza á los espacios sin ribera
Y sube siempre y sube
Á do jamas el huracan impera
Ni se forma la nube,
Volaré así; me siento yo con alas
Para alcanzar las planetarias moles
Y yendo más allá, tocar el límite
En que acaban los mundos y los soles.
Partí; no se dilata más ligera
La luz en los espacios

Que mi andaz fantasía
Al punto mismo en que tendiera el vuelo
Sola se comprendia,
Con la indecible soledad del cielo.
Muy léjos ya, la tierra,
Como en pos de una sombra misteriosa,
Iba en perenne círculo
Arando el firmamento silencioso;
Pálida luna, en el azul sombrío
Su disco melancólico elevaba;
¿Qué invisible cadena en el vacío
A ese blanco cadáver arrastraba?
Marcha en paz, exclamé, momia gastada
Cuya rugosa tez ya marchitada
Aun puedo contemplar, marcha á perderte
En un mañana oscuro
Do encontrarás tal vez reposo y muerte;
Rueda en la inmensidad, es tu destino,
Perdiosera de goce y de ventura;
Prosigue tu camino,
Alienta sin cesar en la amargura.
Hay engendrado en tu alma
Un espectro, un verdugo,
Y tus propios delirios han pesado
En tu cerviz como inflexible yugo.
Amor llamaste á tu estupor cobarde;
Fe, á la impotencia de tu sér; humillas
La frente al humo, porque en zarzas arde.
Y ante tu propio oprobio te arrodillas.
Oye la historia de tu Dios; naciste
A la tarde del cáos moribundo,
La luz del dia por creador tuviste,
Por crisálida el mundo:
Pobre hijo de la noche, ya empezaba
Del globo la agonía

Cuando tu cuna, que el dolor formaba,
El soplo del diluvio estremecia.
Ya eran entónces viejas las praderas,
Y en derredor de sus arcadas viudas
Al cielo de las nieves levantados
En inmensas pirámides austeras
Yacian esos plintos arruinados
De templo de otra edad: las cordilleras.
Trémulo el hombre á contemplar llegaba
Sobre la flecha de cristal del monte
La pupila de luz que lo miraba
Desde el ocaso, fúnebre horizonte.
El sol, clave inmortal del firmamento,
Que hizo brotar con la oracion primera
El primer pensamiento.
Y tuvo miedo el hombre, pavorido
Huyó al traves del tiempo y del espacio,
Sintiéndose vencido.
Al rayo oblícuo del fulgor febeo,
De su camino rápido delante,
Proyeccion de su cuerpo de pigmeo
Se dibujó la sombra de un gigante.
Esa gran sombra es Dios, el hombre dijo;
Pero al fin llegó un dia
En que la sombra negra decrecia,
Mientra el sol interior, el sol del alma,
En su cielo sin término ascendia.
Dios va á morir, la gran naturaleza;
He allí la eternidad; y la cabeza
Del hombre, coronada de poesía,
Dará su luz á la region sin nombre.
Y en la tumba de un Dios de fantasía
Habrá nacido el único, el Dios-Hombre.
Queda en paz; áun esclavo eres del polvo
Pobre mundo proscrito;

Yo voy á sorprender en raudo vuelo
El gérmen de la vida en lo infinito.
Un segundo flotó en el firmamento
Su ancha cauda de sombra,
Al traves de la cual se percibia
Como enlutada por siniestro velo
La legion de los astros, tristes cirios
De la eterna mansion del desconsuelo.
Fué luego un punto negro que oscilaba
Al umbral de la noche del abismo:
Giró otra vez sobre su helado polo
Y todo quedó limpio. Estaba solo.
Allí me hallaba en el dintel del templo
Junto á mí la verdad brillar debia,
Y al tiempo que volaba,
El éter más y más se oscurecia.
Más y más la razon se iluminaba.
De súbito la luz fulgura intensa;
Miriadas de astros en pasmoso vuelo
Miré llegar, disgregacion inmensa
De todas las moléculas del cielo.
Los puntos todos del espacio en soles
Tornábanse: mi vista fascinada
Los miraba llegar, globos gigantes
Que un minuto despues eran diamantes
Perdidos en la bóveda estrellada.
Entónces yo, llamando
La voz hasta mis labios, decir pude:
Dios, misterioso Dios, te estoy buscando.
¿Dónde guardas los rayos
Y la tremenda voz que al israelita
Puso espanto al pasar por el desierto
Yo soy tambien de la region maldita.
¡Oh Dios del Sinaí!... tal vez has muerto.
Yo vengo á tu presencia,

Misterioso hacedor de lo creado,
En busca de la eterna inteligencia
Que el alma de los hombres ha engendrado.
Y nadie me responde, y no hallo nada.
¡Oh mentira infinita
Que reinas en los mundos!
Muéstrame uno no más de tus destellos;
Traigo en el alma la inflexible espada
Que ha de romper el libro de los sellos...
Y rodó en el abismo mi risada.
Pero helose al momento entre mis labios;
Yo no sé que sentí, que me dió miedo;
Mis miembros de pavor se estremecian;
¿Alguno se acercaba?
Las estrellas veian...
Yo creí que un relampago rasgaba
La negra inmensidad... ¡Ah! ¿por qué entónces
Cegué, cegué sintiendo en torno mio
Y en mi interior el soplo de un aliento
Que daba al alma de la tumba el frio?
Los mundos en sus ejes vacilaron,
No proyectaban sombra las esferas,
Estáticos los soles se pararon...
Cuando á ser tornó el tiempo,
Me comprendí por siempre quebrantado:
Alguno habia pasado...
Las estrellas cantaban:
«Bendito aquel que con su soplo anima
Del arroyuelo el plácido murmullo
Y los bramidos de la mar inquieta,
El firmamento inmenso y el capullo,
El insecto que canta y el poeta:
Llegue hasta él nuestro perenne canto,
Santo, tres veces Santo.»
Entónces exclamé... Yo te bendigo,

Déjame unirme al inexhausto coro,
Y perdona, Señor, mi loco empeño.
Pude dudar, Señor, pero te adoro...
¡Oh Dios!... Y desperté. Tal vez fué un sueño.

COLON.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA DRAMÁTICO.)

. . . . . .

¿Quién es? ¿qué afan le guia?
¿Qué busca ese hombre en los perfiles rojos
Del remoto Occidente?
¿Por qué ese eterno pliegue en esa frente?
¿Por qué esa eterna llama en esos ojos?
¡Un visionario! ¡Ah, sí! Cuando ha dejado
La sombra un horizonte; cuando avanza
Del corazon en lo infinito una hora,
Rayo de luz que basta á la esperanza
Para encender en el zafir su aurora;
Cuando aparece un astro en el oriente
Mostrando al hombre en el dolor su ruta;
Cuando bebe un anciano la cicuta;
Cuando el sol de los libres centellea,
Y un profeta agoniza en el Calvario,
Es que la augusta antorcha de una idea
Brilla en manos de un pobre visionario!....

. . . . . .

Para alzar de la noche un hemisferio
Eden de amores que la mar engasta,
Dadme un punto de apoyo, les dijiste,
Que la palanca de la fe me basta.

. . . . . .

Y en pié en la proa del bajel hispano
Clamaste con acento sobrehumano:
«En el nombre de Dios omnipotente
»En cuyo arbitrio la creacion se encierra
»¡Despierta, continente!»
Y como un eco enorme y de repente
Gritó una voz en lontananza: *¡Tierra!*

. . . . . .

Mártir padre de América: el futuro
En la hora fatal de su justicia
Te hará salir de tu sepulcro oscuro;
Un himno estallará de polo á polo,
Y tu América entónces, santo anciano,
Hará de tu corona de martirio
El sol de tu apoteosis soberano.
Cuando llegue ese instante,
Poned en la balanza, grandes reyes,
Vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,
De vuestro nombre el ominoso culto,
Vuestra justicia, que era la venganza,
Vuestro triste perdon, que era el insulto
Y pon, historia humana escarnecida,
Del otro lado de la fiel balanza
Los grillos de Colon.—Que Dios decida.

MANUEL PEREDO.

El Doctor Manuel Peredo nació en México en 1830. A los veinte años de edad comenzó su carrera de Medicina, que terminó tomando el grado de Doctor en 1859, despues de haber merecido por su ciencia ejercer el cargo de médico de los alumnos de la Escuela de la Facultad.

Ha sido redactor de los principales periódicos científicos y literarios, y es autor de un bello proverbio en dos actos titulado *El que todo lo quiere*, y hábil traductor de *El Duelo*, de Ferrari, y de *Serafina*, de Sardou.

Su especialidad es la crítica teatral, que ejerce con un tacto, profundidad y erudicion de primer órden. El más notable de sus trabajos de esta especie es el que escribió sobre *El Edipo*, de Martinez de la Rosa.

En 1870 trabajó en la creacion del Conservatorio dramático, del cual es uno de

los más distinguidos profesores, habiendo escrito para su cátedra la mejor obra tal vez que existe sobre la materia. Es profesor de Gramática, Retórica y Poética en los primeros establecimientos de educacion, y miembro de las principales Sociedades médicas, de Historia Natural, de Geografía y Estadística, de la Academia de Ciencias y literatura, y correspondiente de la Española.

Es un verdadero clásico; sus poesías son severas ó chispeantes de gracia, segun los asuntos que tratan, y seducen por su pureza y correccion.

Es el más profundo y cortés de los críticos de su patria.

ESPERANZA.

Vino ya con sus sombras
La amiga noche á recoger cual ántes
Mis suspiros amantes,
Muda depositaria
De este secreto que en mi pecho mora;
Y el ángel cuya imágen bienhechora
Vive en mi corazon, cual solitaria
Perla escondida en ignorada concha,
Vuela á llevarle en las veloces alas
De su brisa callada,

Mi suspiro de amor, las ansias mias,
No cual en otros dias
Con lágrimas mezcladas,
Con lágrimas de sangre envenenadas.
¡Qué largas son las noches
Del dolor sin consuelo!
¡Ni una luz en la tierra,
Ni una estrella en el cielo!
Y el que en tan negra oscuridad sumido
Cruza el campo, perdido,
Y amparo busca, y luz y compañía,
Aguarda en vano el dia;
Porque para el que llora
No hay celajes, ni aurora,
Ni brisa matinal, ni luna llena;
¡Su pena nada más, sólo su pena!
Tal vez allá á lo léjos
Anhelante descubre los reflejos
Que el tibio rayo de la luna envia,
Y se figura el triste que es el dia,
Y de esa luz menguada,
Con tanto afan deseada,
El escaso fulgor llorando adora;
Que esa luz bienhechora
Que al fin piadoso el cielo le depara,
Es para él la clara
Antorcha que le guia en el camino
Por do va, fatigado peregrino.
¡Con qué placer registra cuidadoso,
De la escarpada senda
Que hasta allí recorrió con pié medroso,
Ambas orillas que galano viste
El floreciente Mayo!
Y al efímero rayo
Con que se anima el triste,

Ávido busca las pintadas flores
Que allí desparramadas se le ofrecen,
Y aspira sus olores,
Y en tanto sus pesares se adormecen.
¡Oh si pudiera detener el curso
De la tupida nube
Que ya rápida sube
Á eclipsar los escasos resplandores
De aquella luz incierta,
Á sus ojos un punto descubierta!
¡Oh si dado le fuera
Que hasta en su hora postrera
Bañase su abatida
Frente, ya sumergida
En el letal desmayo,
De la bendita luz el tibio rayo!
¡Y sí la bañará! porque es reflejo
Esa luz bienhechora
Del sol eterno á quien cantando adora
En himnos de celeste melodía
Cuanto creado existe;
Bálsamo de consuelo para el triste,
Fuente de bendicion para el que llora:
Porque esa luz que alcanza
A descubrir entre la noche oscura
De su negra amargura,
Viene de Dios, se llama la *Esperanza.*
En ella fia el vacilante paso
Al continuar; á ella se encomienda
De nuevo al emprender la áspera senda
En su largo camino;
Y cual el peregrino
Que al tocar los umbrales
Del santuario á do va con fe piadosa
Siente desvanecerse por encanto

El cansancio, la pena y la ardorosa
Sed que ántes le rendia,
Así de aquella luz al fulgor santo
Nuevo vigor y nuevo aliento cria,
Y ligero se apresta
Del monte á trasponer la áspera cresta.
Porque en el fondo oscuro
De su cerrado porvenir, y escritas
Cual por la mano compasiva y santa
De aquel que lo levanta
Y las perdidas fuerzas le devuelve,
Ha leido seguro
Estas letras benditas,
Este anuncio que el alma le recrea,
Y que le hace exclamar: ¡bendito sea!
«Dios no llevó á sus hijos en el mundo
Por senda que á la dicha no encamine
Y en la dicha termine;
Ni un suspiro jamas de lo profundo
Del corazon arranca que no sea
En himno convertido,
Himno del corazon agradecido» (1).
Vén pues, dulce bien mio,
Tú que la senda del dolor cruzando
Y en pos de tí dejando
De lágrimas un rio,
Á mi lado caminas valerosa;
Vén, y tu cariñosa
Mano me enjugue las que vierto triste:
Que si nublado viste
El horizonte de la dicha nuestra,
Hoy esa luz te muestra,
Roto el oscuro velo,

---

1 Zimmerman, *La Soledad.*

Dichas sin fin en el azul del cielo.
Juntos vivir, y hasta la muerte juntos.
Tal es nuestro destino;
Sigamos pues en paz nuestro camino,
Y confiada espera
Que hasta en la hora postrera
Bañe nuestra abatida
Frente, ya sumergida
En el letal desmayo,
De la bendita luz el tibio rayo.

GUILLERMO PRIETO.

Guillermo Prieto lleva más de cuarenta años de estar conquistando sólida fama como inspirado poeta y literato. Sincero amigo y mentor de todo jóven que se dedica á las bellas letras, es llamado por muchos *su maestro*, y goza del respeto y cariño de cuantos le conocen y admiran.

Es un distinguidísimo economista, cuyas obras le han abierto las puertas de las principales academias de sabios de Europa, especialmente de Francia y Alemania. Es á la vez orador fácil y brillante, periodista hábil y variado.

Ha ejercido importantes cargos públicos, tales como Administrador de la Renta de Correos, Ministro várias veces, diputado á casi todos los Congresos Constitucionales.

Como poeta es quizá el más popular de su patria; en todos los géneros se ha ensayado, dejando en todos obras notabilísi-

mas; describiendo costumbres y tradiciones, raya á la más envidiable altura.

ENSUEÑOS.

Eco sin voz que conduce
El huracan que se aleja,
Ola que vaga refleja
Á la estrella que reluce;
Recuerdo que me seduce
Con ensueños de alegría;
Amorosa melodía
Vibrando de tierno llanto,
¿Qué dices á mi quebranto,
Qué me quieres, quién te envió?
Tiende su ala el pensamiento
Buscando una sombra amiga,
Y se rinde de fatiga
En los mares del tormento;
De pronto florido asiento
Ve que en la orilla aparece,
Y cuando ya desfallece
Y más se acerca y le alcanza,
Ve que su hermosa esperanza
Es nube que desparece.
Rayo de sol que se adhiere
Á una gota pasajera,
Que un punto luce hechicera
Y al tocar la sombra muere.
Dulce memoria que hiere

Con los recuerdos de un cielo,
Murmurios de un arroyuelo
Que en inaccesible hondura
Brinda al sediento frescura
Con imposible consuelo.
En inquietud, como el mar,
Y sin dejar de sufrir,
Ni es mi descanso dormir,
Ni me consuela llorar.
En vano quiero ocultar
Lo que el pecho infeliz siente;
Tras cada sueño aparente,
Tras cada mentida calma,
Hay más sombras en el alma,
Más arrugas en la frente.
Si vienen tras este empeño
En que tan doliente gimo
La esperanza de un arrimo,
De un halago en un ensueño,
Si de mí no siendo dueño
Sonreir grato me veis,
Os ruego que recordeis
Que estoy de dolor rendido...
Pasad... dejadme dormido...
Pasad... ¡no me despertéis!

JOSÉ PEON CONTRERAS.

José Peon Contreras es un médico distinguidísimo, que entregado al sacerdocio de su profesion y conquistando en ella meritorios y humanitarios laureles, quiso un dia darse á conocer como poeta, y con sorpresa general y sin oposicion alguna se transfiguró, por así decir, en un sacerdote de Apolo tan notable como érato ya de Hipócrates.

Sin embargo, su mayor mérito como literato no puede fundarle en el género lírico, sino en el dramático, en que tal fama ha conquistado, que mereció de sus entusiastas amigos una corona de oro y el título de *Restaurador del Teatro en la patria de Marcon y Gorostiza.* En dos temporadas teatrales ha dado á la escena unas doce obras dramáticas: *Hasta el cielo*, *El Sacrificio de la vida*, *Gil Gonzalez de Avila*, *Luchas de honra y amor*, *Esperanza*, *Anton de Alaminos*, *Un amor de Hernan-Cortés*, *El Con-*

de de Penalva, *La Hija del Rey*, *Por el joyel del sombrero*, *Entre mi tio y mi tia*.

Su oda á Hernan-Cortés obtuvo el primer premio en un concurso literario, y se ha reproducido con elogio en *La Ilustracion Española* de Madrid.

Peon Contreras ha sido comparado al grande y extraño genio de D. José Echegaray por la gran semejanza que con él tuvo en las circunstancias que acompañaron á su aparicion como dramático, y porque, como él, logró imponerse á un público asombrado, dividiendo las opiniones de los críticos de modo y manera que áun no han sido ni definidos ni juzgados.

EL SALTO DE BARRIO-NUEVO.

I.

Al pié de dos montañas colosales,
Un rio transparente
Remueve sus cristales,
Y entre riscos y juncos y zarzales
Con estrépito lanza su corriente.
Cercado de perpétua primavera
Regala su frescura
Bañando la pradera.
Retratando á su paso por doquiera

Palmas y cielos en su linfa pura.
Crece la flor en su escarpada orilla
Luciendo sus colores,
En tanto que sencilla
Canta infeliz la tímida avecilla
Querellando sus rústicos amores.
Allí el pastor respira los aromas
De lirios y alelíes;
Y al par de las palomas,
Bajan de tarde las cercanas lomas
A mitigar su sed los jabalíes.
Interrumpe su curso de repente,
Cortada en dura peña
Hondísima pendiente,
Y convertido desde allí en torrente,
Sobre un lecho de roca se despeña.
Un iris forma de belleza suma
Cuando su mole agita
Cayendo entre la bruma,
Cuando sus ondas de sonante espuma
En multitud confusa precipita.
Y hierve el agua en el revuelto seno
Del hondo abismo frío,
Zumbando como el trueno,
Y las ondas avanzan, y sereno
Sigue su marcha majestuoso el río.

II.

Un instante contemplé
Tu belleza singular.
Y breve y amargo fué,
Porque en tus aguas miré
La humana vida pasar.
En tu curso misterioso

Por sendas desconocidas,
Corres tranquilo y medroso,
Ya en un cauce pedregoso,
Ya sobre alfombras mullidas.
Encuentras á cada instante
Un escollo en tu camino,
Y andas y andas anhelante
Siempre adelante, adelante!
Sin conocer tu destino.
Humilde como las fuentes
Lamiendo vas tus orillas,
Al murmurar tus corrientes
Los amores inocentes
De las tórtolas sencillas.
O acaso tu lecho ahondando
Rugiente y negro te lanzas,
Y van tus aguas pasando
Como en la tierra llorando
Los hombres sus esperanzas.
Y sin que sepa jamas
A dónde tus ondas ruedan
Cuando caminando vas,
Caminas ¡ay! sin que puedan
Volverse un instante atras:
Como nunca retornaron
Las ilusiones que fueron,
Ni los seres que se amaron,
Ni las horas que pasaron,
Ni las flores que murieron.
Sobre el espejo en que miro
Tus blancas espumas miro
Pasar en rápido giro;
Y cuán pronto las deshacen
Las brisas con un suspiro.
Así su dicha tambien,

Los que sollozan sin calma
Por el mundanal Edén,
Volar presurosas ven
En un suspiro del alma.
Tú en la gaya primavera,
Al pasar por la ribera,
Coges las flores que tocas;
Las amas, y en tu carrera
Se van quedando en las rocas.
Así el hombre en sus errores,
Con indecible cariño
Guarda avaro sus amores,
Y va, desde que es muy niño,
Perdiendo en el mundo flores.
Y al fin, despues de luchar
En esta mundana guerra,
Tendrémos que descansar,
Los hombres bajo la tierra,
Y tú en el fondo del mar.

JUAN DE DIOS PEZA.

Juan de Dios Peza nació en México en 1852. Emprendió la carrera de Medicina, y muy adelantado ya en ella la abandonó para dedicarse al cultivo de la literatura y al ejercicio del periodismo. Discípulo de Ignacio Ramirez y muy distinguido por él, y siguiendo con religiosidad los consejos de este eminente crítico, sus composiciones se distinguen por un buen gusto especial en su concepcion y desarrollo, y es á la vez mucho más correcto y natural que todos los jóvenes literatos de su edad y de su círculo, y ha escrito mucho más que todos ellos.

Sus primeras poesías forman dos tomos, cuyo principal mérito consiste en el sentimiento vivo de la juventud, que en todas ellas palpita visiblemente.

En 1873 dió á la escena su primera obra dramática, *La Ciencia del hogar;* que obtuvo un éxito brillante, como tambien su

Epílogo de Amor y su *Colon*, drama elevado majestuoso y de rica versificacion.

Sus triunfos literarios le han valido merecidas distinciones, y entre ellas la de haber sido nombrado segundo Secretario de la Legacion de México en España, puesto que en la actualidad ocupa.

Su amable y fino trato y un hábil conocimiento del empleo de la oportunidad le han relacionado en Madrid con muchos y muy distinguidos literatos, á quienes ha hecho conocer sus composiciones, que han sido muy elogiadas por la prensa.

Se distinguen entre todas, las últimas, algunas de las cuales son tan bellas, que con dificultad podrán señalárseles defectos salientes. El cuarteto endecasílabo es el metro que mejor maneja y en que están escritas las principales.

MI PADRE.

Yo tengo en el hogar un soberano,
Unico á quien venera el alma mia;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guia.
En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,

Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.
La amarga proscripcion y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.
Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pié sobre las ondas encrespadas.
Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.
Me ha dicho: «á quien es bueno la amargura
Jamas en llanto sus mejillas moja,
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.
»Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.
»Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.
»Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia,
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»
Este código augusto en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.
Mi padre tiene en su mirar sereno

Reflejo fiel de su conciencia honrada.
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!
La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero forma su pobreza
La página más grande de su historia.
Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiracion del hombre.
Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

—

UN CONSEJO DE FAMILIA.

¿Quién la miseria y el amor concilia?
Esto más que un problema es un misterio;
Para hablar de un asunto que es tan serio
Hubo ayer un consejo de familia.
Hizo de presidente del consejo
Un hombrecillo á quien la edad agobia,
El que ademas del chiste de ser viejo
Es nada ménos padre de mi novia.
A su lado, y en cómoda poltrona,
Con franco y natural desenbarazo,
Estaba una señora setentona
Con un perro faldero en el regazo.
Y en derredor, con rostros muy severos
Y animados de cólera no escasa,

Estaban cual prudentes consejeros,
Seis ó siete visitas de la casa.
Entre todos, causando maravilla,
De gracia y juventud rico tesoro,
Como un ángel sentado en una silla
Estaba la mujer á quien adoro.
«Conque vamos á ver, dijo indiscreta,
La madre, por anciana impertinente:
¿Es verdad que eres novia de un poeta
Que ya ciñe un laurel sobre la frente?
—Puesto que lo sabeis, dijo la niña,
No lo puedo negar, le quiero mucho.
—Mereces, dijo el padre, que te riña,
Y la madre exclamó:—¡Cielos! ¿qué escucho?
—¡Blasfemia intolerable que me irrita!
¿Habráse visto niña descarada?
Dijo en tono burlon una visita
Pegándose en la frente una palmada.
—Los versos nada más son oropeles,
Dijo la anciana en tono reposado,
Y apuesto á que no sirven sus laureles
Ni para sazonar el estofado.
¡Un novio soñador y sin dinero!
Hija, esto sí que nadie lo perdona;
Ya que tiene corona y no sombrero;
Fuera mejor que usára su corona.
Los hombres, dijo el padre, son perversos,
Pero más los poetas de hoy en dia;
Quizá te piensa alimentar con versos,
Y eso vas á comer ¡pobre hija mia!
—O ¿quién sabe? agregó con triste acento
Una visita al parecer piadosa,
Si se irán á poblar el firmamento
O á vivir en el cáliz de una rosa.
—Puede ser, interrumpe otra persona,

Que intenten levantar, llegado el caso,
A orillas de la fuente de Helicona
Un palacio en las faldas del Parnaso.
El regalo de boda, amigo mio,
Tendrá joyas riquísimas y bellas:
Junto á un collar de perlas de rocío,
El manto azul del cielo y sus estrellas.
Envidia te tendrán los serafines,
Pues tendrás deleitando tu hermosura
Una alfombra de nardos y jazmines,
Y un ruiseñor que cante en la espesura.
El marido feliz te dará un beso,
Diciendo tengo un ángel por esposa,
Y á la hora de comer ¿quién piensa en eso?
Para el poeta la comida es prosa.
Un coro de estridentes carcajadas,
Satíricas, terribles, infernales,
Convirtió las mejillas en granadas
Al ángel de mis sueños celestiales.
¿Cómo piensas seguir esos amores,
Tú, la más infeliz de las mujeres?
¿Soñando en astros, pájaros y flores,
Vas á encontrar la dicha y los placeres?
¿A qué alta sociedad, hija querida,
Te llevará este amor del cual abusas?
Ha de ser muy monótona la vida
Sin tener más visitas que las musas.
Otra risa estalló, ¡bendita risa!
Entónces ella abandonó su asiento,
Y con grave ademan y muy de prisa,
Salió sin titubear del aposento.
Llamáronla mil veces, pero ella,
Espléndida, graciosa, soberana,
Como asoma en los cielos una estrella,
El rostro fué á asomar por la ventana.

Vén, me dijo, mitad del alma mia,
Dicen que amarte es prueba de torpeza,
Que te deje por pobre. ¡qué ironía!
Que por pobre te olvide, ¡qué tristeza!
Como no nos comprenden, es por eso
Que destruir mis amores se concilia,
Yo siempre seré tuya, dame un beso.
¡Se ha lucido el consejo de familia!

JUAN B. HIJAR Y HARO

El Doctor Hijar cuya dedicacion al ejercicio de la Medicina, en el que es una eminencia, y cuya azarosa vida han cubierto su cabeza de prematuras canas, es á la vez un distinguido poeta tierno y soñador, en lo cual se distingue de la mayor parte de sus colegas profesionales, que han tenido y siguen teniendo la desgracia de imaginarse que su ciencia y su escalpelo pueden ser capaces de demostrar que el alma es un mito religioso cuya lápida es el marmol del anfiteatro, como la del cuerpo es la piedra del cementerio.

Como médico militar hizo toda la campaña de la larga y sangrienta guerra de Reforma, y estuvo á punto de ser fusilado por el general reaccionario Marquez, sin otro delito que el de haberle encontrado curando á los heridos del ejército liberal derrotado en Tacubaya.

En Guadalajara, su país natal, ha desem-

peñado largo tiempo cuatro cátedras de la Escuela de Medicina, y ha tenido la gloria de formar distinguidos facultativos.

En Madrid y París ha obtenido por su ciencia las más altas distinciones de las eminencias médicas europeas.

Escribió con Vigil, en México, la notable y voluminosa *Historia del Ejército de Occidente*.

Con el ilustre general D. Ramon Corona, actual Ministro de México en España, vino Hijar de primer secretario de la Legacion, y durante un viaje de su Jefe por Europa, ha desempeñado más alta mision diplomática como encargado de Negocios de la República.

Como literato goza de la intimidad de los más distinguidos escritores madrileños, que admiran en las composiciones de Hijar la profundidad de la idea, el lujo y novedad de las imágenes, y la bella versificacion.

MISTERIOS DE LA NOCHE.

Las doce son... La noche está tranquila,
Y en silencio imponente las montañas,
Del manso arroyo en las sonantes cañas
Apénas se oye el viento murmurar.

Sólo turba el misterio de la noche,
Aquí, el aullar de un perro que despierta:
Allí, de un gallo el matutino alerta;
Allá, del triste cárabo el graznar.
Fantástica silueta de una torre
Se levanta en el valle solitario...
Sube la luz del templo al campanario,
Como sube á los cielos la oracion.
De un terso lago en la sauceda umbría,
Mil garzas y palomas en bandadas,
Van á plegar el vuelo sosegadas
De las ondas purísimas al són.
Al fresco halago del medroso viento
Que de los sauces el ramaje ondea,
De Sirio esplendoroso centellea
El rayo melancólico al pasar.
Blando silencio y apacible calma
Consuelo dan al corazon herido,
Duermen las aves en agreste nido,
Las brisas cantan y suspira el mar.
Allá del monte por la cima oscura
La casta luna con misterio asoma,
Y de su cáliz virginal aroma
Exhala pura al despertar la flor.
En su carro de nubes y de estrellas
Se aleja ya de su oriental palacio,
Miéntras recoge el alma en el espacio
Dulce tristeza, bálsamo de amor.
Forma su trono, en apiñado grupo,
Tenue, sereno, pálido celaje,
Como de un cisne el cándido plumaje
Flotar su manto en el azul se ve.
Nada interrumpe el soñoliento paso
Con que la maga del espacio rueda,
Lámparas de oro alumbran la vereda

Que el sol bordando de luceros fué.
¡Oh solitaria vírgen del que yace
En la region oscura de los muertos!
Si mañana al cruzar estos desiertos
Encuentras removido el arenal,
Será que en él sin tumba ni memorias
Mi último sueño dormiré tranquilo.
¡Piadosa alumbra mi postrer asilo
Con la pálida luz de tu fanal!
Mas entre tanto sigue tu carrera
La celeste llanura trasponiendo,
Perlas llorando y súplicas oyendo
Al blando preludiar de mi laud.
O bien sumerge tu brillante carro
En el seno de roncas tempestades,
Y chozas, y palacios, y ciudades
Sepulta de la muerte en la quietud.
Siempre bella serás: siempre cantando
Iré el misterio que tu luz encierra;
Ya que he perdido cuanto amé en la tierra,
Yo tu amante seré, tu trovador.
Con tu blonda bordada de celajes,
Sonámbula feliz, vaga en el cielo
Y brille hermosa en tu flotante velo
La blanca estrella que alumbró mi amor.

. . . . . .

Todo muerto parece, y todo vive;
Todo es al alma misterioso y vago;
Cuando suspira el céfiro en el lago
Parece que suspira un corazon.
¿Qué es el rumor que del desierto llega
En fugitivas ondas á mi oido?
¿Es el oscuro genio del olvido
Que borra de una tumba la inscripcion?
¡Ni lo quiero saber! El alma herida,

Pliega las alas con letal desmayo,
Y de la luna al silencioso rayo
Pide consuelo á su apagada fe.
Profundo arcano el universo encierra,
Y ante el abismo inmenso recogido,
El mundo en brazos de la paz dormido
En silencio magnífico se ve.
En sus tallos las flores se columpian,
Como en mis brazos se meció algun dia
La blanca flor de la esperanza mia,
Al resplandor del astro matinal.
Tal vez olvida que por ella vivo
Con su recuerdo en lágrimas deshecho;
Tal vez suspira lánguida en su lecho,
Soñando que le doy beso nupcial.
¡Quién sabe qué será! Mi frente anubla
El airado huracan de una memoria...
Cubre el misterio su ignorada historia,
Y entre sombras resbala el porvenir.
Hondo volcan de tormentosa duda
Mi sangre enciende con terrible llama...
¡El veneno en mi copa se derrama!...
¡Dejadme, cielos, por piedad morir!
¡Maldita la mujer que miente amores,
Del hombre profanando el embeleso!
¡Maldita la mujer que deja impreso
En el labio un dolor con un placer!
Mas... la amo tanto, que al pensar en ella
De amor me torno en manantial fecundo:
Y en éxtasis feliz levanto un mundo,
Que compendia el encanto de mi sér.
Dejadme que la invoque, cual se invoca
Á Dios en la oracion... en honda calma,
Que baje sola y cándida á mi alma
A vivir en silencio para mí.

Si es ilusion, dejad que la recuerde;
Ella mi vida fué, mi cielo, ella;
Nunca en la ausencia se nubló la estrella
Que allá en mis horas de ventura ví.
Era su voz más suave y melodiosa,
Que del sinsonte el matinal arrullo;
Más dulce que del árbol el murmullo
Que daba sombra á mi paterno hogar.
Era su acento el eco de un suspiro
Que allá en la noche cariñoso suena;
Era el canto fugaz de la sirena
Que cruza solitaria por el mar;
Era un lucero, un ángel vaporoso,
El trasunto ideal del universo;
Era de mi arpa de dolor el verso
En que se alzaba mi plegaria á Dios:
Mas ¡ay! pasó, cual pasa un meteoro,
Sombras y luz regando en su camino;
¡Quiso que fuera el bárbaro destino
De mi ventura la desdicha en pos!

. . . . . .

Todo ante mí pasó: pasó la aurora;
Con perezoso vuelo pasó el dia,
Y pasará tambien la noche fria,
Y el incierto mañana pasará.
Vendrá la primavera perfumada,
Flores regando por el bosque umbrio,
Y al viento irá la música del rio,
Que entre frondosas vegas correrá.
Mas bramarán despues los vendavales,
Barriendo en el jardin frutos y aromas,
Y cantarán de miedo las palomas,
Ocultas en el fúnebre sauz.
Será la tempestad negra y bravía,
Que despoja á los valles de sus galas;

Serán del aquilon las roncas alas;
Será del rayo la tremenda luz.
Pasó tambien mi juventud florida,
La hermosa edad de la ilusion ardiente;
Cayó la nieve, emblanqueció mi frente,
Y la sentí en el alma resbalar...
Todo concluye así; todo concluye
Ante el imperio de la suerte airada;
Por el oscuro reino de la nada
Todo tiene cual sombra que pasar.
Mas aquí donde acaba cuanto empieza,
¿No acabará la hiel de mi destierro?
¿De uno y otro eslabon, el duro hierro
De mi cadena lograré romper?
Tal vez el hado satisfecho vuelva
Á la acerada vaina la cuchilla;
Tal vez mañana en apartada orilla
Mire la aurora tropical nacer.
¡Oh! Si al soplo voraz de la tormenta,
Tras de rudo bregar en mar bravío,
Abierto hubiera el piélago sombrío
Una ignorada tumba al corazon,
No suspirára por la costa errante
De la espaciosa playa en las arenas.
¡Dichosos los que escuchan en sus penas
De su piadosa madre una oracion!
Yo tambien, como ellos, fuí dichoso
Cuando en mi hogar pacífico vivia,
Cuando cantaba al despuntar el dia
Melancólicas trovas á mi bien.
Volaron ya tan bellas alboradas,
Y mis noches de amor tambien volaron;
¡Noches felices que al pasar dejaron
Sin vida al corazon junto á su edén!
Mas lánguida la luna y soñolienta,

En el distante ocaso palidece,
El alba en el Oriente resplandece,
Y baña el cielo de templado azul.
Ya la plácida aurora sus colores
Con vaporosas gasas multiplica,
La fimbria de oro de su veste rica
Al aire entrega su ligero tul.
Ya se abren los rediles y se mueven
Las ovejas pacíficas balando,
Y despiertan las aves saludando
De la mañana el dulce rosicler.
Himno feliz que de la tierra sube,
Y el viento inunda y el espacio puebla,
Que en las tranquilas ondas de la niebla
Tras la bóveda azul se va á perder.
Gratos efluvios de oriental fragancia
La rosa, el nardo, el tulipan difunden,
Y mis sentidos lánguidos confunden
La esencia, el canto, la risueña luz.
El arpado sinsonte, en la espesura,
Melancólico canta, enamorado,
Como canta el poeta desterrado
De un solitario bosque ante la cruz.
Ya el matinal lucero desfallece
Entre el crespon dorado de las brumas,
Y entre nubes de encajes y de espumas
Se mira el sol gigante aparecer:
¡Levántate, grandioso rey del dia,
Que indiferente á todo está el proscrito:
Así lo quiso Dios: estaba escrito
Que fuera mi destino padecer!

SUSPIROS DEL ARPA.

Nada temas, mi bien, los infortunios,
La envidia de los hombres, los pesares,
La tierra en lucha con los hondos mares,
El rudo batallar de la pasion;
El hambre, la orfandad, el desamparo,
La gloria, la fortuna, las mujeres,
La guerra, los dolores y placeres,
No han podido cambiar mi corazon.
Aunque en mi frente pálida resbale
La sombra aterradora de un naufragio,
No temas por tu amor, es el presagio
Conque el destino me marcó al nacer;
¡Ay! á tu lado volverá la dicha
Como vuelve la luz tras noche oscura,
Y el sol te alumbrará de la ventura
En la atmósfera ardiente de mi sér.
Vén á mi corazon; en él tu imágen
Con inmortal buril verás grabada,
De inefable tristeza coronada
De mis blandas canciones al rumor.
Es un altar que consagré á tu gloria
Con atrevida timidez alzado:
Cuantos himnos en él han resonado
Los arranqué al olvido por tu amor.
Cuando vuelvo al pasado la mirada,
Sin tí el paisaje me parece muerto:
Como muere la tarde en el desierto
Morir mis sueños de ventura vi.
Cuantas veces trepando por los riscos,
Donde el torrente su ímpetu desata,
Tu nombre, al retumbar la catarata,

Entre la espuma y el cristal oí.
¡Cuántas veces dormido entre las rocas,
En donde cuelga el águila su nido,
Al borde del abismo suspendido
Soñando en tus encantos desperté!
¡Cuántas, tambien, perdido en las montañas,
Entre arboledas de silvestre aroma,
Al canto gemidor de la paloma,
Durmiendo entre las zarzas te soñé!

. . . . . .

¡Ay del que anhele penetrar osado
De las horas que fueron el misterio!
En el yermo sin luz de un cementerio
Sólo hallará un vasto panteon;
Porque hay recuerdos que en la mente moran
Para ahogar entre sombras nuestra vida...
Feliz aquel que, por su bien, olvida
Que envenenó el infierno su ilusion;
Mas ¿á qué recordar, si ahora dichoso
Apuro el cáliz de tu amor sediento,
Si fresco aroma y virginal aliento
En tus caricias lánguida me das?
¿Qué importa que la noche se eternice,
Ni que en tus brazos me sorprenda el dia?
¡Tú eres la luz de la existencia mia!
¡Tuyo es mi corazon, tuyo no más!
Tú la púdica flor de mis ensueños;
Eres la redencion, el misticismo:
Yo soy de los arcanos el abismo,
La estrella tú eres y la noche yo.
Sobre las huellas que mi frente surcan
Viertan tus labios bálsamo de vida:
¡Ah! si mustia la ves, nunca vencida
Ante el hado enemigo se inclinó.
De luz vestida tu gallarda imágen,

De mi destierro en el dolor profundo,
Al navegar el piélago del mundo,
Siempre me dió valor para sufrir.
Mas ya en dichosa union navegarémos,
Al són del arpa, por el viento herida,
El borrascoso mar de nuestra vida,
En brazos uno de otro, hasta morir.

Deja que amante por tus bellos ojos
Te infunda ardiente mi insaciable anhelo;
Y nunca temas que desgarre el velo
Casto, sin mancha de tu ansiado bien.
Paz é inocencia, libertad y gloria
Disfrutarás por siempre al lado mio,
Y de rodillas el destino impío
Te ceñirá laureles á la sien.

Si en tus labios el néctar apurára,
El cristal del pudor se empañaria,
Y el cáliz virginal se romperia
Al soplo de mi aliento abrasador.
¡Entónces, ay, entónces...! ¡qué amargura
Al mirarte ultrajada por mí mismo!
¡Cuán hondo fuera, para mí, el abismo
De tan culpable y maldecido error!

Ni lo quiero pensar. La nueva aurora
Ilumina risueña mi esperanza,
Y cuanto avaro el corazon alcanza
Es de ilusiones dilatado mar.
Cuando canta la tórtola apacible
De la enramada bajo el toldo espeso,
Su blando arrullo me parece un beso
Que me manda tu pecho al suspirar.

Cuando miro esa flor que te engalana,
Quisiera loco, en mi delirio ardiente,
Con un beso de aromas en la frente
Agostarme de amor sobre tu sien.

Beso por beso renovar la vida,
Cambiando el alma con febril aliento,
Y atravesar el mundo, el firmamento,
Hasta plegar el vuelo en el Eden.
Mas ¡ah! de los humanos el destino
En su cárcel oscura nos encierra:
Si no hay un cielo para tí en la tierra,
Si no existe un altar para tu amor,
Vén en silencio á mi apartado albergue,
Y del mundo en mis brazos escondida,
Siglos serán las horas de la vida,
Y quimeras la muerte y el dolor.
De la florida vega entre las sombras,
De la gruta y el bosque á los rumores,
Al despertar los pájaros cantores,
Sus cláusulas de amor nos cantarán.
Y si al secreto encanto que me infundes
Huyen de ayer las horas intranquilas,
Rayos de luz brotando tus pupilas,
La noche de mi vida alumbrarán.
Al calor de tu aliento, entre los nardos,
Que en tu seno palpitan pudibundos,
Como cisne que canta entre dos mundos,
Tu virginal belleza cantaré.
Cuando el oscuro manto de la noche
Descuelgue sus crespones sobre el suelo,
Cuando rueden los astros en el cielo,
Yo tu tranquilo sueño velaré.
Cuando de forma cambien nuestros seres,
Cuando termine nuestra humana historia,
Oda inmortal, en páginas de gloria,
Nuestras almas ardientes dejarán.
Nunca á la muerte sucumbir podemos;
Dios á los seres que ama diviniza:
Tras de ese cielo que la luz matiza

Nuestras frentes cual soles lucirán.
No más enlute tu sereno rostro
La sombra aterradora de la ausencia:
Tuyo es el universo, la existencia
Se dilata en el mar del porvenir.
Todo á la dicha y al placer convida,
Y abre á tu paso virginal tesoro,
Ya el mar rodando sus arenas de oro,
Ya el cielo abriendo golfos de zafir.
Con murmullos y brisas y misterios,
Primavera balsámica y gallarda
La blanca flor de la ilusion nos guarda
Para ungir tu cabello con su olor.
Sombra las palmas nos darán gentiles;
Y si el deleite púdico nos toca,
Al acercar mis labios á tu boca
Nuestra santa oracion será de amor.
Huirá la tentacion arrepentida,
Y el alma libre, en vagaroso vuelo,
Con el amor purísimo del cielo
Tierna y tranquila volverá hácia tí.
¡Qué nos importa el mundo ni sus leyes,
La negra tempestad, la dulce calma,
Si tú conmigo vas, alma de mi alma,
Viviendo y suspirando junto á mí!
Si es la verdad mentira, infierno el cielo;
Si es la dicha una forma del delirio,
Acepto la ventura del martirio,
Y en vez de maldecir quiero cantar.
Si eres sombra, mi bien, si eres un sueño,
Que caprichosa me forjó la suerte,
Hasta bajar al reino de la muerte
En tu seno de amor quiero soñar.

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

Joaquin Gomez Vergara nació en la capital del Estado de Jalixco en 1840, é hizo sus primeros estudios en el Seminario Conciliar «obteniendo siempre la calificacion *suprema*, como convenia á la honra del establecimiento y al contentamiento de mis padres», como él mismo dice, satirizando finamente á esos maestros que otorgan premios á sus discípulos sólo por asegurar la mensualidad que por ellos reciben.

Estudiando en México la carrera de farmacéutico, tuvo la desgracia de perder á sus padres, quedando al cuidado de una hermana que le sirvió de madre, y que murió por contagio, asistiendo á Vergara en una grave enfermedad.

Militó como voluntario contra el ejército frances que invadió á México, y cayó prisionero de guerra en el sur de Jalixco. Caido el Gobierno imperialista, fundó con varios amigos un periódico político-satírico,

que le valió serios disgustos, y hubo de emigrar á la capital, donde redactó mucho tiempo el *Juan Diego*. Pasó más tarde á *El Federalista* y á *El Porvenir*, y fué nombrado segundo secretario de la Legacion de México en España en 1874. Supo conquistarse en Madrid la amistad de muy distinguidos literatos españoles, y publicó artículos y poesías en varios periódicos de importancia, mereciendo espontáneos elogios.

Apreciado en todo su valer por el eminente jurisconsulto y Ministro de Estado y Relaciones Exteriores D. Ignacio Luis Vallarta, ascendió Gomez Vergara á primer secretario de la Legacion en Italia, y obligado á renunciar por el mal estado de su salud, regresó en Setiembre último á su patria.

El género satírico que Gomez Vergara domina, le ha proporcionado grandes triunfos, y tiene gran mérito como escritor de costumbres: su obra más notable de esta especie se titula *Fotografías á la sombra*, que contiene bellísimos cuadros.

Como poeta lírico ha escrito várias composiciones, entre las que se distinguen sus flúidos romances.

MIS MONTAÑAS.

Léjos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
Hermosas montañas mias,
En donde canta el zentzontle
Y do el huitlacoche anida;
En cuyas agrias pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Que alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,
Y del cedro y linaloe
Las maderas exquisitas.
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce armonía
De las frondas apiñadas
Que el süave viento agita?
¿Dónde el salvaje mugido
Que los ecos repetian
Del espumoso torrente,
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?
¡Ah! Si yo viera aquel valle

De espléndida perspectiva,
Con sus lagos trasparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas
Que los pinares erizan;
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatepetl
Y del gigante Ixtacihuatl,
¡Ay, cómo gozara mi alma!
¡Ay, cuánta fuera mi dicha!
Pero estoy léjos, muy léjos,
De aquella tierra bendita
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.
Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envia;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormia;

Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.
¡Oásis del Nuevo Mundo!
¡Adorada patria mia!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!...
¡Hermosas montañas mias!...

—

EN EL PANTEON.

Llorando, un dia aquí dejé á mi madre,
Transido de dolor...
La tarde estaba triste, sí, ¡muy triste!
Tan triste como yo.
Las campanas doblaban á lo léjos,
Y al ocultarse, el sol
Doraba con sus últimos fulgores
De los sauces el fúnebre verdor.
El viento susurraba entre las hojas

Con tristísimo són...
Y los ramos de flores amarillas
Mi llanto marchitó.
Con ella vine... y la dejé ¡muy sola!
Y lleno de afliccion
Solo tornéme, y en mi hogar desierto
Me faltaron la vida y el calor.
Hoy vuelvo aquí despues de muchos años,
Este es el panteon;
Pero esa tumba encierra otro cadáver
Y rota está la cruz que clavé yo.
La piedra en que aquel nombre idolatrado
Grabé con santo amor,
No ocupa ya su sitio... ¡Madre mia!
¡Madre de mi alma!... Adios!!

JOSÉ FERNANDEZ.

—

José Fernandez nació en Silao el 7 de Diciembre de 1837, dedicándose desde muy jóven al cultivo de la poesía, que puede decirse abandonó en 1862 para atender al desempeño de los importantes cargos públicos con que le han distinguido, ya los Gobiernos federales, ya el voto público.

Fué diputado al Congreso general de 1873; nombrado más tarde Oficial Mayor, ó sea Subsecretario del Ministerio de Estado y Relaciones, llegó á ser Ministro interino del departamento, al que todavía pertenece; en las últimas elecciones fué nombrado Senador.

Entre sus poesías, las más conocidas son las que en Méjico publicó en un lujoso cuaderno. Se distinguen por su levantada entonacion patriótica y por la redondez y sonoridad de sus estrofas.

EN LA MUERTE

DEL GENERAL ZARAGOZA.

Pálida está la frente
Que con divino rayo
De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;
Apagada la ardiente
Eléctrica mirada,
Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.
Está ya el labio mudo
Que, apénas se movia,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,
Y mandaba vencer, y se vencia;
Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afan rendido,
Asolacion del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sosten y amparo del vencido.
Inmóvil yace, inerte,
Dentro del pecho frio,
El corazon en el valor templado,
De capitan y de último soldado,
Noble modelo de constancia y brio.
¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debia
Con su victoria el más glorioso dia,

Con su temprana muerte el más amargo!
Hoy el galo se goza,
De vergüenza desnudo,
Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
Viendo que aleve derribó la muerte
Al que vencer su ejército no pudo.
«No existe Zaragoza.
Inerme está la diestra
Que en ocio vergonzoso nos mantiene.
Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?
¡A combatir, que la victoria es nuestra!»
«Las águilas augustas,
Que ya han tendido el vuelo,
Victoriosas do quiera en la pelea,
En Africa, y en Asia y en Crimea,
En Magenta, Pallestro y Montebello,
«Agitarán robustas
Sus alas majestuosas,
Y, atravesando raudas el espacio,
Irán á reposar en el palacio
En que tú, bella México, reposas.»
«Allí, en cercano dia,
De Luis soldados fieles,
De oro, de gloria y de placeres llenos,
Reclinarémos en hermosos senos
Nuestras frentes cubiertas de laureles.»
Así con burla impía
Los invasores claman;
Y, al escuchar su risa mofadora,
Olvido este pesar que me devora,
Y la venganza y el valor me inflaman
Lloremos, mexicanos,
Mas breve el llanto sea,
Y dejemos el llanto por la espada,
¡Ay! para que de Francia la mirada

Estas acerbas lágrimas no vea.
Juntemos nuestras manos
En la tumba que encierra
Los venerandos restos del guerrero,
Y pronunciando nuestro adios postrero,
Sólo se oigan despues gritos de guerra.
¡Guerra, si, patria mia!
¡Guerra por tus montañas,
Guerra por tus inmensas soledades,
Guerra por tus caminos y ciudades,
Guerra en los templos, guerra en las cabañas!
Tiempo sobrará un dia
De llorar al que muera;
El soldado inmortal que tú perdiste
Y con su grande espíritu te asiste,
No quiere llanto ya: triunfos espera.

VICENTE RIVA PALACIO.

El general Vicente Riva Palacio, actual Ministro de Fomento de la República de Méjico, es una de las más simpáticas figuras políticas de su patria. Su vida está llena de pasajes novelescos y heroicas acciones, y en la larga práctica de sus virtudes civiles y militares ha cimentado su fama de superior inteligencia.

Hijo de una ilustre familia acostumbrada al fausto y la comodidad, todo lo abandonó por lanzarse á los campos de batalla á luchar por la civilizacion y la libertad, y fué uno de los caudillos que más dieron que hacer al ejército intervencionista de Napoleon III. Durante el épico sitio de Querétaro, donde por una y otra parte se llevaron á cabo acciones y tuvieron lugar episodios dignos de Homero, se distinguió como un héroe el general Riva Palacio, cuya historia militar es brillantísima.

Restablecida la República, fué elegido

Magistrado de la Suprema Córte de Justicia, puesto á que renunció por no hallarse conforme con la política del Presidente; en aquella época fué cuando visitó á España, residiendo mucho tiempo en Madrid, donde dejó numerosos amigos y admiradores, que áun se conservan fieles á su grata memoria.

Enemigo de la Administracion del presidente Lerdo de Tejada, tomó las armas contra él, y sólo su serenidad y reposado valor pudieron sacar ilesa su vida, que se encontró en terrible riesgo á consecuencia de una derrota, poco tiempo despues de la cual volvió con nuevos bríos á la lucha, hasta que triunfó el ejército al mando del actual presidente, Porfirio Diaz, quien le llamó al Ministerio de Fomento, en el que ha desplegado una actividad é inteligencia tan sin ejemplo, que su memoria será imperecedera.

Como poeta lírico, ha producido numerosísimas obras; como dramático, una porcion de piezas representadas con gran éxito; como novelista, interesantísimos volúmenes; los más notables son: *Calvario y Tabor*, *Monja y casada*, *Virgen y mártir*, *Martin Garatuza*.

Escribió tambien, asociado con D. Manuel Páyno, una obra monumental histórica, titulada *El Libro rojo*. Con Juan A.

Mateos, otro distinguido poeta, publicó *Las Liras hermanas*.

Ha fundado y redactado famosísimos periódicos satíricos, entre ellos *La Orquesta* y *El Ahuizote*, ilustrados ambos con caricaturas.

Riva Palacio es uno de los ingenios más fecundos y variados de su patria.

EN EL ESCORIAL.

Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.
En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.
Palpita allí el recuerdo; que allí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo
Esclavo de sí mismo un soberano,
Que la vida cruzó sin un amigo;
Aguila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

MANUEL ACUÑA.

Manuel Acuña fué un estudiante de Medicina que en la primavera de su existencia, y revelado ya como un gran poeta, se hundió voluntariamente en el sepulcro, como si no hubiese podido soportar su despejada frente el peso de su genio.

Planta de un dia sobre la tierra, no dejó historia de que poder sacar rasgos biográficos, y sólo el gran mérito de sus composiciones ha podido hacer que no se olvidase la pasajera memoria del niño.

Las poesías de Acuña son inspiradas y filosóficas cuando se ocupa de asunto grave y serio; sus composiciones eróticas son tiernas, apasionadas y rebosan lágrimas y profundo dolor.

Escribió y dió á la escena su drama *El Pasado*, que tuvo por intérprete al gran actor español D. José Valero, y cuyo tema es la rehabilitacion de la mujer.

La fecha de su muerte señala uno de

los dias más tristes para las letras de su patria.

ANTE UN CADÁVER.

¡Y bien! Aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extension de sus límites ensancha.
Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
Á que está sometida la existencia.
Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distincion de esclavos y señores.
Aquí donde la fábula enmudece,
Y la voz de los hechos se levanta,
Y la supersticion se desvanece.
Aquí donde la ciencia se adelanta
Á leer la solucion de ese problema
Que sólo al enunciarle nos espanta.
Ella que tiene la razon por lema
Y que en sus labios escuchar ansia
La augusta voz de la verdad suprema.
Aquí estás ya, tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenia.
La luz de tus pupilas ya no existe,
Tu máquina vital descansa inerte,
Y á cumplir con su objeto se resiste.
Miseria y nada más... dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba en donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu mision cumplida,
Se acercarán á tí, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida...
Pero no, tu mision no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.
Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando, al querer medirla, le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.
La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.
Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro sér reviste, ni tampoco.
Será su última forma cuando muera.
Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.
Y allí, á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno;
Y al descender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano,
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar, donde la triste esposa,
Sin encontrar un pan, sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto
Irá al lecho feliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.
Y en medio de esos cambios interiores,
Tu cráneo, lleno de una nueva vida,

En vez de pensamientos dará flores,
En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adios de tu partida...
La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.
Pero en esa mansion, á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.
Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Y allí acaban la fe y el sentimiento...
Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota,
Se hunden en la region de los iguales.
Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El sér que muere es otro sér que brota.
El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.
Le abandona á la historia justiciera
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.
Él recoge la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto,
Se encarga de que viva eternamente.
La tumba sólo guarda un esqueleto;
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.
Que al fin de esta existencia transitoria,
Á la que tanto nuestro afan se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas, pero nunca muere.

FRANCISCO G. CÓSMES.

Francisco G. Cósmes, amigo y compañero de Acuña, hizo con él sus primeros ensayos poéticos, y como él desplegó un carácter analítico y filosófico. Pero así como Acuña se reveló casi siempre materialista, Cósmes se hizo espiritualista, y se complació en buscar bellísimas antítesis á los mismos pensamientos de su camarada

Como periodista es notable por la facilidad con que maneja el idioma y por su instinto crítico que, tomando ligeras formas, es razonador y profundo.

Es tambien autor dramático, y en sus composiciones líricas seduce por la naturalidad y delicadeza de sus pensamientos.

ANTE UN CADÁVER.

No, no puede ser cierto:
¡El pensamiento que el espacio hiende,
Que en eléctrica luz el orbe enciende,

Convertido en detrito de algun muerto!
¡Subir del fango y remontarse al lodo
El alma que lo ignoto enseñorea!
¡La potestad que crea
Acostumbrada á conquistar el todo,
Demandando á la lluvia cual mendigo,
Algun gérmen fecundo
Para con él formar del rey del mundo
Un grano microscópico de trigo!
¡Implorar los calores del verano
El fuego celestial del pensamiento!
Y al separarse de su tallo el grano,
Leve paja llevada por el viento
Ser el residuo del ingenio humano!
No, no puede ser cierto:
La vida no es el círculo mezquino
Que comienza y acaba justamente
En la miseria del sepulcro yerto.
La vida no es el áspero camino
Do la caida y la ascension reunidas,
Al sér ofrecen que por él avanza
Tinieblas nada más, misterio, duda,
Sin tener ni siquiera por ayuda
El pálido fanal de la esperanza.
La vida es adelanto:
La luminosa escala
Que Jacob en sus sueños entrevia,
Do en cada tramo la creacion exhala
Un cántico sublime
Que se pierde en la eterna melodía.
La vida es el progreso
Que de la nada al infinito asciende,
Que en puro fuego sin cesar se enciende,
Del inmortal Creador á cada beso:
Que en cada forma adquiere nuevo nombre

Que á cada paso nueva luz destella,
Que sube audaz del infusorio al hombre,
Desde la hierba efímera á la estrella.
No: prefiero creer: ¿que le quedára
Al pobre sér que entre dolores vive,
Si despues de la muerte, no pensára
Que algo de grande en él le sobrevive?
¿Cuando al romper del existir los lazos
El sér amante que su pecho adora,
No pudiera estrechar entre sus brazos
La dulce sombra cuya ausencia llora?
No: prefiero creer: cuando mi pecho
Por el dolor desgárrase á pedazos,
Cuando en vínculo estrecho
Mi aliento sollozante se comprime,
Y triste gime el corazon deshecho,
Y mi alma herida por la pena gime;
Cuando en la noche el llanto de mis ojos
Rueda en silencio de mi rostro al suelo,
Y en el mundo no hay quien compasivo
Mi llanto enjugue, ni me dé consuelo:
Hay en la sombra seres que me aman,
Que con dulces caricias me embelesan,
Y con sus voces débiles me llaman,
Y con sus alas trémulas me besan.
Desde el fondo más íntimo del alma,
¿No es verdad que me hablas, Madre mia?
¿No es verdad que en la calma
Que despues del dolor mi pecho siente,
Tu imágen bella cual la luz del dia
Se presenta dulcísima á mi mente
Y no entre el polvo y la ceniza fria?
¿No es verdad que á mi vista en dulce giro
Vagas mostrando el rostro que yo adoro,
Suspirando conmigo, si suspiro,

Llorando mis pesares, cuando lloro?
No, no puede ser cierto: si no hubiera
Más allá de la tumba nueva vida,
Si el pensamiento humano se extinguiera
Como se extingue, débil y perdida,
La última nota del nocturno canto,
Sin vacilar mi mente prefiriera
El pavoroso no existir, la nada,
A esa profanacion desatentada
De cuanto muestra la conciencia santo.
Hay más allá: la muerte, sí, es la vida,
Mas no cual dice la mundana ciencia:
Es el alma del cuerpo desprendida
Que se remonta ufana
A otro mundo mejor, á otra existencia,
Y al abrirse la fosa,
Al pisar de la tumba los umbrales,
Ante el sér desterrado de este suelo
Se ensanchan los espacios celestiales.
Hay otra vida, sí: lo dice el pecho,
Que al respirar la atmósfera del mundo
El universo le parece estrecho;
Lo dice algo profundo
Que en nuestro cuerpo mísero llevamos;
Algo que es superior á la materia,
Algo que vale más que nuestra vida
Llena de podredumbre y de miseria.
Hay otra vida, sí: no el polvo inerte
Que el hombre en su ceguera diviniza,
Algo que queda en pié tras de la muerte,
Algo que sobrevive á la ceniza.
La tumba, un esqueleto
Descarnado, no más en su antro guarda,
Mas libre al fin de su pasion impura,
El espíritu, grande, soberano,

Se eleva gigantesco hasta la altura,
Y allí, inmortal y poderoso y fuerte,
La duda y el misterio enseñorea,
¡Y si en cáos el mundo se convierte,
Sobre ese cáos flotará la idea!

REMEMBER.

Habia en su dulce semblante, aquello
Que vive poco, que ya se va;
Ojos azules que reflejaban
Lo misterioso, la inmensidad.
En sus mejillas el terciopelo
De los geráneos al despuntar,
Labios de grana que le envidiaban
Las amapolas del florestal...
La estoy mirando: su esbelto talle
Como la garza que va á volar,
Sus manecitas sobre su pecho
Que suspiraba por lo inmortal...
Y aquellos labios que me decian;
«¿Por qué te alejas, por qué te vas?»
Y aquellos ojos que me miraban
Del alma al fondo y áun más allá...
Hoy, esos labios se han marchitado
Hoy, esos ojos sin vida están...
¡Ay! esos seres, todo cariño;
¿Por qué se mueren, por qué se van?

EDUARDO E. ZÁRATE.

Eduardo E. Zárate, nacido en Jalapa en 1853, es, á pesar de su juventud, un distinguido poeta y una inteligencia superior. Abogado y escritor político, ha redactado importantes periódicos, entre ellos el muy ilustrado órgano oficial del Gobierno de Puebla, y ha ejercido ya el cargo de Diputado al Congreso de la Union. Se comprende la importancia que ha logrado adquiririr sabiendo que pertenece á una familia ilustradísima en la que figuran sus hermanos Julio y Clotilde, distinguido político, orador é historiógrafo el primero, tierna y delicadísima poetisa la segunda.

Sus poesías, que son muchas, han merecido generales elogios, y sus artículos literarios y políticos le revelan como profundo pensador.

ADORACION.

El templo de mi amor se alzaba un dia,
Por himnos de ventura saludado,
Y ante el dios en el ara colocado,
De aromas rico el incensario ardia;
Mas luégo al soplo de infortunio helado
Tendió el olvido su tiniebla fria,
Y envueltos quedan en la noche umbría
Sólo el altar y el templo abandonado.
Hoy no brota en las ruinas una palma,
Ni viene á interrumpir ningun suspiro
Aquella triste y silenciosa calma;
Pero yo á solas con mi amor deliro,
Y aunque esté ausente el dios, dentro del alma
Cual una estrella fulgurar le miro.

JOAQUIN TÉLLEZ.

El general D. Joaquin Téllez es un poeta satírico de gran mérito, que á semejanza de D. Francisco de Quevedo, lo mismo maneja el látigo de la crítica, que vierte de su correcta pluma hermosas composiciones consagradas á graves y elevados asuntos.

Su carrera militar está llena de acciones de valor desplegado en treinta y seis años de servicio, en batallas nacionales y extranjeras.

Su instruccion es grande, su trato agradabilísimo, modesta su vida y su genio variado, incisivo y burlon.

AL POPOCATEPETL.

Eleva altiva tu soberbia frente
A la region del trueno que amedrenta,

Volcan, y en la alta nube cenicienta
Audaz sorprende al rayo prepotente.
Que si estalla su cólera imponente,
Y al inflamarse súbito revienta,
En vez de anonadarte, la tormenta
Te vestirá de luz resplandeciente.
Entónces en el cielo de zafiro,
En presencia del Dios de las bondades,
Cuyo poder en tu grandeza admiro,
Te aclamarán las roncas tempestades,
Parando, al verte, su voluble giro,
El vencedor del trueno y las edades.

A UNA FUENTE.

En los cristales de la mansa fuente
Pensé mirar la imágen de mi amada,
Y mi boca, de amores abrasada,
La persiguió en la plácida corriente.
En sus diáfanas ondas, impaciente
Posé mi amante labio, y engañada
El alma mira su ilusion dorada
Perderse entre la linfa trasparente.
¡Oh ingrata fuente, por mi mal querida,
Y hallada en esta soledad hermosa!
¿Por qué no te mostraste condolida
De mi incesante pena lastimosa?
Porque eres ¡ay! espejo de la vida
Y pérfida como ella, y engañosa.

A LAS GOLONDRINAS.

Voladoras, alegres y livianas,
Cual del lago las cándidas ondinas,
Incansables viajeras peregrinas
Que cantando anidais en mis ventanas;
Si de regiones tristes y lejanas
Venís á despertarme, golondrinas,
De mi pecho el amor, y estas ruinas
Sólo os puedo ofrecer, entrad ufanas.
Que si la pompa, honores y riqueza
El mundo me arrebata fementido,
Jamas podrá arrancarme la terneza
Con que á mi afecto habeis correspondido;
Entrad á visitarme en la pobreza,
Que Dios bendice al ser agradecido.

GUSTAVO ADOLFO BAZ.

Gustavo A. Baz es hijo de un importante hombre público, orador y Ministro, Don Juan José Baz, y de una distinguida dama, doña Luciana Arrázola, que á las gracias de su sexo ha sabido unir una ilustracion nada comun y un inteligente empeño para abrir á la niñez desvalida los horizontes del porvenir y el tesoro de las conquistas intelectuales.

Gustavo A. Baz es, de todos sus jóvenes compañeros literatos, quizá el más profundo en erudicion, y el más apto para señalarse en trabajos de importancia históricos y críticos. Ha estimado ménos las glorias del poeta que los triunfos científicos, y se distingue por un claro espíritu analítico.

Ha escrito y publicado dos obras de importancia suma: *La Historia de Juarez*, y *La Historia de Hidalgo*, fundadas en documentos inéditos del mayor interes.

En una edicion monumental ha encerrado la historia del notable ferro-carril de Veracruz á México.

Tambien ha dado á luz interesantes estudios sobre *Literatura española*, de la que es entusiasta admirador, como todo aquel que puede creer que la conoce y ha estudiado.

Ha escrito un drama original, *Celos de Mujer*, y traducido otro de Sardou: tiene publicados dos tomos de poesías, que se distinguen por su armonía, naturalidad y sencillez.

Ultimamente residió en París, donde ha colaborado en importantes periódicos franceses, cuyo idioma posee con perfeccion.

TROPICALES.

I.

Ni los besos de amor de otras mujeres,
Ni el aplauso comun, nada ha bastado
Para borrar tu imágen;
Vives en mí como la vez aquella
Que de rodillas yo, y tú á mi lado,
Perdonarme rehusabas,
Desmintiendo tus ojos la querella
Que vagaba en tu labio,
Severo juez de imaginado agravio.

Aun recuerdo tu acento,
Aun brilla tu mirada
En la noche sin luz de mis insomnios;
Aun perdida en el viento
Cuando baja la noche tan callada,
Vuelvo á escuchar la nota enamorada
Del último sollozo que exhalaste,
Cuando de tu alma, de dolor transida,
Me enviaste la suprema despedida.
Jamas pensé que imaginar pudieras,
Ni agravio entónces, ni despues olvido;
¡Cómo agraviarte yo, si eras mi vida!
¡Cómo olvidarte yo, mi amor perdido!
. . . . . .
En la tierra, en el mar, cuando la aurora
Tiñe con su arrebol la nivea frente
Del enhiesto volcan, y cuando llora
El ave de la selva habitadora
Con el postrer fulgor del claro dia
Que pálido ilumina el Occidente:
Cuando la luna fria
Riela sobre las olas dulcemente,
Y suspira el terral, y su armonía,
De la playa hasta el monte,
Recorre cuanto abarca el horizonte,
En vano busco á mi congoja abrigo,
En vano busco á mi penar consuelo,
Me falta un eco amigo
Y una luz más brillante
Que ilumine las sombras de mi cielo.
Me falta en mi abandono
La nota cariñosa
Con que se unen las almas en la tierra;
Su luz esplendorosa
Con que enciende el amor en los espacios,

Esa dulce alborada
Donde nace á vivir el pensamiento,
En el mundo inmortal del sentimiento.
Y tan sólo un murmurio,
Algo como una queja y un suspiro,
Escucho en vago giro
En la tierra, en el mar y el firmamento:
La nota adolorida
De tu última y suprema despedida.

II.

Cerca la noche está, pausadamente
Se deslizan sus sombras por el llano;
El onda mansamente
Baña de espuma la arenosa playa;
Brilla en ocaso el sol, y majestuoso
Alumbra en su agonía
Las cúspides del alta serranía.
Fresca la tarde, el viento cadencioso,
Brindan la paz cabe la dulce sombra
De agrestos altaneros
Bosques de perfumados limoneros.
Naturaleza toda
Palpita melancólica, sublime;
El pájaro que gime
Con tierna voz sobre verdosa rama,
El murmurio del mar que blandamente
De la playa á la selva se derrama,
Todo palpita amor, todo lo anima
Misteriosa atraccion, sólo en la tumba
De sus dorados, juveniles años,
Nuestra humana flaqueza sus rencores
Viene á llorar, en medio á la armonía
De este concierto universal que elevan

Los pájaros, los vientos y las flores,
Y de la onda en la playa los rumores.
Conmigo vén, poniendo ya en olvido
Nuestro inmenso dolor, angustia y pena,
Harémos nuestro nido,
Cabe la dulce sombra
De aquestos altaneros
Bosques de perfumados limoneros.

III.

Fresca y linda está la tarde,
Olorosa la pradera,
Despejado el horizonte
Y gallardas las palmeras.
Cielo azul y claro rio,
Monte enhiesto y altas ceibas,
Insectos, flores, perfumes,
Todo en torno nos rodea.
Tus manos sobre las mias,
En tu seno mi cabeza,
Al compas de nuestros besos,
Al arrullo de tus quejas,
Parece que se iluminan
Valles, montes y praderas,
Y en misterioso concierto
Nuestros amores celebra,
Con el canto de las aves,
La madre naturaleza.

IV.

¿Qué me importa la luz de las estrellas
Brillando entre las sombras intranquilas,
Si es más dulce la luz de tus miradas,
Y más dulce la sombra en tus pupilas?

AURÉLIO LUIS GALLARDO.

—

Nació en 1832 en Leon, Estado de Guanajuato; fué hijo de una familia distinguida y opulenta; no obstante, la suerte le predestinó á sufrir todo linaje de infortunios, originados por un amor desgraciado que combatió tenazmente su aristocrática familia. Este amor fué la historia de su vida y el orígen de todas sus desgracias.

Su esposa, dignísima del altar que le levantára, bajó al sepulcro tres años despues del dia de su matrimonio, dejando dos niños, que unos años despues quedaron tambien huérfanos del padre, cuya muerte hoy lamenta la literatura mexicana.

Gallardo floreció en Guadalajara, cuya ciudad amó tanto como á la de Leon, donde vió la luz.

En poesía cultivó todos los géneros, siendo en todos fecundo, pero sobresalió en el erótico y descriptivo, en los cuales

nunca falta el sello de la tristeza que le imprimieron sus desdichas.

Murió emigrado en la alta California.

Su muerte la originó la más profunda nostalgia: su último deseo fué que sus restos se condujeran á Guadalajara, donde queria dormir el sueño eterno al lado de su inolvidable Mercedes, conocida en sus obras bajo el nombre de Elodia.

FLORES DE UN DIA.

Todos los sueños se van,
Que ménos que espumas son;
Flores que ajó el huracan...
¿Mis ilusiones do están?
Muertas en el corazon.
Distante, en sutil desmaye
La luna hiriendo las flores
Con melancólico rayo,
O el sol brillando al soslayo,
Tras dos nubes de colores.
Tal pasaron ¡duelo impío!
Mi amor, mi felicidad,
Como el náufrago navío
Que se hunde en el mar bravío
Durante la tempestad!
¡Esperanza pasajera
Mintiendo ventura y calma,
Flor no más de una quimera,

Triste cual la flor postrera
En el desierto del alma!
Adios á lo que se quiere,
Lágrimas por lo que huyó:
¡Ah! recuerdo que nos hiere
El corazon que se muere
Sin los objetos que amó.
Triste el pecho suspirando
Y sin ilusiones ya,
El corazon recordando,
Y nuestros ojos llorando
Por aquel bien que se va.
Temblando en la hoja el rocío,
Libando en la flor la abeja,
Fugitivo el manso rio,
Y allá en el bosque sombrío
Un ruiseñor que se queja.
Todo en confusion pasando,
Todo poco á poco huyendo,
A las rosas deshojando,
Los ensueños disipando,
Y los celajes barriendo.
Mariposa que abandona
Entre el espino sus alas,
Sin astros oscura zona,
Flor que la nieve corona
Con sus efímeras galas.
Una música á lo léjos
De armonioso y triste són,
Fuente de azules espejos,
Los postrimeros reflejos
De la más bella ilusion.
Una lágrima, una rosa,
Una fragancia, un vapor,
Una vision misteriosa...

¡Quién sabe! ¡No sé qué cosa
Fué en este mundo mi amor!
Una nube perfumada,
Un suspiro vago y tierno,
Sólo una noche estrellada...
En la luz de una mirada
El paraíso, el infierno!...

—

ELLA Y YO.

Sombra furtiva de un ayer perdido,
Flota en las alas de amoroso halago,
Semejante al tristísimo quejido
Que el viento forma en el cristal del lago
Ave que gime en el desierto sola,
Que al sol ardiente á su pesar desmaya;
Yo soy tal vez en la existencia una ola
Que no ha de hallar, para morir, la playa.

—

EL SUEÑO BAJO EL ROSAL.

Ave del cielo, alma mia,
¿Por qué no te oigo cantar
Al par de las dulces mirlas
Que habitan el bejucal?
Es la estacion de las flores,
Perfumado el aire está,
Suspiran las hojas verdes,
Murmura azulado el mar,
Se alejan los chupa-mirtos

Y tú á seguirlos no vas,
Ni en los espejos te miras
Del arroyo de cristal.
Di qué tienes, niña hermosa,
Cuéntame, mi bien, tu afan;
¿Por qué en mitad de tu sueño
Te sueles, niña, quejar?
Ya al alba no te despiertas
Con devocion celestial
Para llevar ramilletes
A la Vírgen del altar.
Ya de tu arpa melodiosa
Flojas las cuerdas están.
Ya en mis rodillas no juegas,
Ni rezas al despertar.
A través de los senderos
Del prado, en silencio vas,
Sueltos al aire tus rizos,
Descompasado el andar.
Te he sorprendido llorando...
Cuéntame, mi bien, tu afan,
Vision del cielo que alumbras
Mi marchita ancianidad,
Paloma de mis ensueños,
Mi azucena virginal.
—Es este afan, abuelita,
Que devorándome va,
Vago deseo sin nombre,
Desconocida ansiedad,
Pues rio á veces sin causa,
Lloro y suspiro á la par;
Paso las noches en vela,
Me [illegible] los dias sin paz,
Y me causan sobresalto
Una hoja al caer no más,

El aleteo de un ave,
Las ondas al murmurar.
Leyendo ayer á la sombra
De aquel florido rosal
Llegué á quedarme dormida
Y soñé... ¡no lo creerás!
Soñé un apuesto doncel...
¡Más atrevido y galan!
De ojos negros... chispeantes...
De altivo y donoso andar...
De rizada cabellera
Y melancólica faz.
Sobre el césped sus pisadas
Sentí temblando sonar...
. . . . . .
Mañana, abuelita mia...
¿Por qué ya no lo será?..
Bajo ese arbusto oloroso
Iré al jardin á soñar.
—¡Dios te libre de esos sueños!
¡Son sueños de Satanas!
—¡Ay, Jesus! ¿qué es lo que has dicho?
Sueños de... ¡abuelita!... ¡Bah!
—Tentó Luzbel tu alma pura.
. . . . . .
—¡Qué hermoso tienta Satan!

JOSÉ MONROY.

José Monroy se ha distinguido en su patria como militar, como poeta y como periodista. Su genio y sus aficiones son profundamente filosóficas, su versificacion es facilísima y rebosa imágenes brillantísimas desplegadas con una sorprendente naturalidad.

Sus obras son muy numerosas: las del género lírico son las siguientes: *Ecos de amor*, *Memorias y Lágrimas*, *Album de María*, *Ensayos literarios*, *Armonías de Ultramundo*, *Cantos de un cautivo*, *Churubusco*, poema; *El Libro de Hebert*, inspirado en la muerte de su hijo; *El Mal de la vida*. Ha escrito tambien un drama, *Churubusco*, y una comedia, *La Otra vida*, representados con gran éxito, especialmente la última, que es delicadísima, y cuyo estreno fué una verdadera solemnidad y una de las más notables conquistas de su talento.

José Monroy, que por su nombre y apellido recuerda al eminente poeta español moderno que los llevó iguales, y que, desgraciadamente, tan jóven bajó al sepulcro, recuerda tambien, por su manera de escribir, á otra de las más puras y modernas glorias literarias españolas, á Gustavo Adolfo Becquer, cuyas obras ha imitado Monroy con verdadero ingenio y manifiesta veneracion por aquel malogrado y sobrenatural hijo de Apolo.

En México nadie como Monroy ha sabido seguir tan difícil y luminosa senda.

EL MENSAJERO DE LA MUERTE

FRAGMENTO.

En nombre de Dios infinito,
Desciendo á tu voz,
Y soy mensajero de ciencia,
De dichas, de amor.
Que tu alma la luz recibiendo
Del astro del bien,
Se llene de amor, de esperanza,
De paz y de fe.

***

—¡Oh invisible mensajero
De la mansion de la calma,
Que á dar vienes á mi alma
La luz del sol verdadero!
Tú que conoces la suerte
De los seres de ultramundo,
Alumbra el cáos profundo
Donde se oculta la muerte.
Haz á mi alma concebir
La idea de su destino.....
¡Oh! mensajero divino,
Respóndeme: ¿qué es morir?

* * *

—¡Alma! Morir es dejar
La existencia pasajera
Por la vida verdadera;
Es al dia despertar.
Perfume, flor, mariposa,
Perla, espuma, gota, aliento,
Tras la vida de un momento
Caen en la misma fosa;
Pero á la luz desprendida
Del sol que la vida emana,
Se levantarán mañana
A otra nueva y mejor vida.
Es ley de la creacion
De vida en vida pasar,
Y morir es efectuar
La eterna trasformacion.
La mariposa mañana
Será flor, la flor rocío,
Y las espumas del rio
Nube diáfana y liviana.
Tú tambien, alma gentil,

Sujeta á la misma suerte,
Trasformada por la muerte,
Tendrás existencias mil.
De mundo en mundo viajando
Por los espacios perdida,
Tambien tú de vida en vida
Irás el bien alcanzando.
Y tambien en las esferas
La materia en que viviste
Con nuevas galas se viste
Al sol de las primaveras.
Con cuantas formas Natura
Se embellece y engalana,
Llena de vida mañana
Saldrá de la sepultura.
Que cada sér de la Tierra,
Eterno como su autor,
Gérmen de vida y amor
En sus entrañas encierra.
Que hecho todo para ser
En contínua actividad
Vida de la eternidad,
Jamas debe perecer;
Pues en otras formas bellas
De más ardientes colores,
Queda su cuerpo en las flores,
Y el alma va á las estrellas.
Y sin llegar al confin
Todo sér sigue viviendo,
La perfeccion adquiriendo,
Que es su postrimero fin.
No hay sueño eterno, ni calmas;
Dios hizo en la creacion
Mundos para el corazon,
Espacios para las almas.

En el átomo perdido,
En el aroma que sube,
En las gasas de la nube,
En el germen escondido,
En todas partes, activa
Germina invisible esencia
De otra siguiente existencia
Infinita, progresiva.
Vida de paz y de amores,
Existencia de un instante,
Nacer y morir constante
De la luz y de las flores.
Rayo es la vida que hiere
Al sér en quien se complace.....
Es el minuto que nace;
Es el minuto que muere.
Es la sombra del ocaso,
Que no oculta todavía,
Siente las luces del dia
Que la siguen paso á paso.
Es de la noche el capuz
Que por los espacios sube,
Donde viajando la nube,
Halla el raudal de otra luz.
Es el lazo del cariño,
El eslabon de armonía
Que une á la noche y al dia,
Que une al anciano y al niño.
Es el eterno crisol
Del fuego de los amores,
Que funde á la vez las flores,
Al hombre, al átomo, al sol.
Es el contínuo sentir;
Es el perpétuo acabar,
El eterno despertar,

El infinito morir.
Es la eterna union de dos,
Los divinos esponsales
De los seres materiales
Con su Padre, con su Dios.
Y eterna trasformadora,
La muerte todo lo alcanza,
Y de mudanza en mudanza,
La nueva vida elabora.
Es ella la que consuma
La ley del Supremo Autor,
La que marchita la flor,
La que disipa la espuma.
Ella es la que por igual
Somete á su justa ley,
Desde la vida del rey
Hasta el débil vegetal.
De la larva perezosa
Hace un sér de nuevas galas,
Que tiende al viento las alas
En forma de mariposa.
Al inmóvil vegetal
Resucita con su aliento,
Prestándole el movimiento
De la existencia animal.
Y de la materia humana
Forma otros seres mejores,
Atomos, perlas y flores,
Y efluvios de la mañana.
Nada hay en esta mansion
En que puedas conocer
A ningun muerto de ayer.....
No hay muerte en el panteon.
No busques al sér querido
En la tumba encarcelado,

Sino en la flor animado,
Entre la luz confundido.
Busca en los cielos las huellas
De sus almas superiores,
Besa su cuerpo en las flores,
Mira su alma en las estrellas.
Que el alma ya desprendida
De sus mundanos palacios,
Mira, desde los espacios,
De la materia la vida.
Y comprendiendo la muerte
De nuestra pobre existencia,
Bendice la Omnipotencia
De la vida y de la muerte.
Y bendice al Hacedor
Que dió á la naturaleza,
En sus formas la belleza,
En sus leyes el amor;
En la vida la esperanza
De otra existencia dichosa,
La vida tras de la fosa,
Y en la fosa la mudanza.

°°°

Alma de eterno destino,
De luz, de amor, de consuelo,
No me señales el cielo,
Señáiame su camino.
Infunde en mí la enseñanza
Con que debo merecer
El infinito placer
De una vida de esperanza.
Hazme la dicha sentir
De esa existencia inmortal
Sin tinieblas y sin mal,

De la vida sin morir.
Y á la luz de eterno dia,
Cuando levantes el vuelo
Por el infinito cielo,
Lleva á Dios el alma mia.

MANUEL DE OLAGUÍBEL.

Manuel de Olaguíbel nació en 1845. Concluyó la carrera de abogado, en la que se ha distinguido mucho, especialmente en los ocho años que lleva de ser abogado de pobres. Ha sido Secretario de una sala del Tribunal Supremo de Justicia, y Tesorero de la Junta de Instruccion pública.

Su posicion independiente y desahogada le ha permitido dedicarse á extensos estudios bibliográficos, y posee una de las mejores bibliotecas de particulares, que es uno de los tesoros de su muy distinguida familia.

Cómo ha sabido aprovecharse de ella, lo demuestra su interesante obra titulada: *Despues de la lectura*, que dió á luz en 1873.

En 1872 publicó su bella coleccion de poesías, entre las que hay algunas de un mérito superior. Como prosista, tiene excelentes artículos, insertos en casi todos los

buenos periódicos, y en particular en *El Domingo* y *El Artista*.

Ultimamente ha publicado su *Bibliografía mexicana*.

LAS ESTRELLAS.

¿Alumbraréis tan sólo mi camino,
Celestes luminares;
Será vuestro destino
En los revueltos mares
La ruta señalar del peregrino?
Sois en las dulces noches del verano,
Estrellas cintilantes,
El rastro sobrehumano
Que en signos palpitantes
Marca el curso del tiempo al aldeano.
Adorno sois de la divina altura
Y pasmo de la vista,
¿La perenal ventura
Que la virtud conquista,
Al hombre enseña vuestra lumbre pura?
¿Tan sólo entre los mundos habitado
Será nuestro planeta
Y en campo inexplorado
Podrá la mente inquieta
Marcar el hasta aquí de lo creado?
Qué, ¿sólo de la tierra son las flores,
La brisa embalsamada,
Los pájaros cantores,
La mar arrebatada
Y el vendaval funesto y sus horrores

¿No habitan esos astros luminosos
Mil ángeles divinos,
De cabellos undosos,
De labios purpurinos,
Entonando cantares armoniosos?
¡Arcano y nada más! Terrible venda
Que cubre nuestros ojos,
Y que en la hora tremenda
Caerá, cuando de hinojos
Toquemos del Señor la ignota senda.

PRIMEROS ALBORES.

Son las flores la gala
De primavera,
Y su aliento el aroma
Que el aura lleva.
Del bosque espeso
Un himno se levanta
Que sube al cielo.
El zenzontli entusiasta
Lanza sus trovas,
Mezclándose al requiebro
De las palomas,
Y en dulces gamas
Las ternezas se cruzan
De rama en rama.
Descienden luégo al valle
Desde la altura
Despeñadas las ondas
De la laguna,
Y sonorosa

Parece entre las zarzas
Que canta y llora.
De puro azul vestido
Se ostenta el cielo,
Que en las cimas nevadas
Halla su espejo;
La brisa sopla,
Y randas se persiguen
Las mariposas.
Son las flores la gala
De primavera...
Tú el eden de mi alma,
Mi blanca estrella;
Porque eres dulce
Como el himno del bosque
Que al cielo sube.

ESTHER TAPIA.

Esther Tapia de Castellanos es uno de los talentos femeniles más distinguidos de su patria. Despues de haber dedicado á su esposo y á su hijo tiernísimas composiciones que le han valido grandes aplausos, trató de ensayarse en muy distintos géneros, consiguiendo triunfar de las asperezas y dificultades que necesariamente deben presentarse al corazon delicado de la mujer para verter en sus poesías ciertos conceptos que sólo pueden no disonar en los rudos labios del hombre.

Esther Tapia dió á luz en 1871 un volúmen de poesías, que fué muy bien recibido, pues como al principio dije, su autora es uno de los talentos femeniles más distinguidos de su patria.

A MI ESPOSO.

No puedo hacer que escuches en tu dia
El canto de las aves melodiosas;
Ni conducirte puedo á las praderas
Esmaltadas de lirios y de rosas.
No puedo hacer que goces la frescura
Del perfumado ambiente,
Ni que oigas el murmurio
Del cristalino arroyo ó de la fuente.
No puedo presentar á tus miradas
Las sonantes, magníficas cascadas
Reflejando del sol los resplandores,
O de la blanca luna los fulgores.
No me es dado ofrecerte cual quisiera,
Riquísimo tesoro,
Que no tengo ni mármoles ni oro.
Entre mis negras trenzas
Una flor he buscado;
Pero nada, mi bien, nada he encontrado.
Tomé mi rota lira
Para mandarte de ternura un canto;
Y en vano... no he podido,
Porque el amor mi labio ha enmudecido;
Y encontrando frustrado mi deseo,
Con tristeza he exclamado:
¡Nada puedo, mi bien, nada poseo!
Mas, ¿qué digo?... sí tiene
Qué darte el alma mia:
Y si no el suave canto
Que envia el ave enamorada al viento,
Un «yo te amo» ardiente
Puede decirte mi amoroso acento.
En vez de frescas flores,

Puedo darte la flor de mis amores.
En vez de grato ambiente
Y del murmurio de la limpia fuente,
Te daré mi suspiro enamorado;
Y el fuego te daré del pecho mio,
Semejante á los rayos
Que á los campos les manda un sol de Estío.
Y te daré de amor una mirada,
Cual la luz de la luna apasionada;
Como el raudal que vierte
La sonante cascada
Que á torrentes derrama el agua pura,
Yo te daré raudales de ternura;
Y en vez de mármol y luciente oro,
Te doy mi corazon, que es mi tesoro.
No puedo más, mi bien, nada poseo,
Pero si es este amor en tu existencia
Promesa del placer que te deseo,
Y ramillete de escogidas flores
De virtud y de amores,
Te le doy en tu dia
Con mi ternura y con el alma mia.
Acéptale, te ruego, y si dichosa
Hago tu amarga y tormentosa suerte,
Si dulce paz derramo
En tu vida azarosa,
Podré decir á Dios agradecida:
«Cuando te plazca ya, manda la muerte;
»La mision que me diste está cumplida.»

A MI HIJO

Es una noche preciosa
De esas noches sosegadas,

De la luna iluminadas
Por la tenue claridad,
A mi aposento penetra
Con sus rayos hechiceros,
Misteriosos compañeros
De mi grata soledad!
Arrullo tierna en mis brazos
Al hijo de mis amores,
Hermosa flor de mis flores,
Perla de mi corazon.
El reflejo de la luna
Baña su apacible frente,
Limpio lago trasparente
Que hace nacer mi ilusion.
Beso sus lindas mejillas
Una y mil veces amante,
Y en mi seno palpitante
Le estrecho con santo amor;
Y otras mil veces y ciento
Beso sus ojos divinos
Y sus labios purpurinos,
Como el cáliz de una flor.
En sus alas atrevidas
Mi imaginacion ardiente
Me arrebata velozmente,
Y pienso en su porvenir.
Y dos lágrimas resbalan
Mis mejillas abrasando,
Y murmuro suspirando:
¿Qué será, mi ángel, de tí?
¿Qué serás sobre este mundo,
Hijo del alma inocente,
Fruto de mi amor ardiente,
Idolo del corazon?
¿Por qué adivinar no puedo,

Mi bello ángel, tu destino?
¿Hallarás en tu camino
Las espinas ó la flor?
¿Me será dado mirarte
(Dios me dé larga la vida)
En tu juventud querida
Fuente de toda ilusion?
Te miraré enamorado
De alguna jóven hermosa,
Entre feliz y celosa
Porque me roban tu amor?
¿Te miraré entre el incienso
Al pié del altar sagrado,
Ante el pueblo, arrodillado
Viendo en tus manos á un Dios?
¿En la cátedra sublime
Oiré en el templo sonando
Tu noble acento, enseñando
Nuestra santa religion?
¿O entre los cándidos niños,
Sembrando en sus corazones
Evangélicas lecciones
De moral y de virtud;
O piadoso sacerdote,
Junto al pobre moribundo
Que va á partir de este mundo
Y el cielo le muestras tú?
¿Te veré noble guerrero
En medio á ruda batalla
Asaltando una muralla
De bélica trompa al són,
Y de tu patria querida
Veré en tu mano, altanera,
Tremolando la bandera,
Por tí cubierta de honor?

¿Te veré inspirado artista
Coronado de laureles,
Creando con tus pinceles
Vírgenes cual Rafael,
O escucharé los sonidos
De tu lira melodiosa,
En la noche silenciosa
Cantando al Dios de Israel?
¿O serás, como Bellini,
Una fuente de armonía
Que la dulce melodía
Del cielo nos haga oir;
O serás tal vez un sabio,
Un astrónomo profundo,
O un legislador fecundo
Que haga á su patria feliz?
¿O serás, cual tus mayores,
Un agricultor honrado,
Que virtuoso y respetado
Vivas dichoso y en paz?
¿Serás cual ellos el padre
De los buenos moradores
Y felices labradores
Que cultiven tu heredad?
¿Y pasarás tu existencia
Como ha pasado halagüeña
Nuestra existencia risueña
Entre el trabajo y amor?
Quiera el cielo, hijo del alma,
Que así resbale tu vida,
Y la ambicion acogida
No encuentre en tu corazon.
Sean el campo y el cielo
Los solos libros que leas,
Y más sabio nunca seas

Que el que feliz sabe ser,
Nunca pruebes los placeres
De la córte corrompida
Que abran en tu alma una herida
Que apresure tu vejez.
Cien años de aquellos goces
No valen, niño inocente,
Ni una hora solamente
De santa tranquilidad.
Bajo dorados palacios,
Mejor se esconden, traidores,
Los más punzantes dolores;
Que el oro no da la paz.
Vive, pues, como tus padres,
Siendo agricultor honrado,
Y feliz y respetado,
Larga vida te dé Dios.
Y si quieres que tus goces
No turbe fiera desdicha,
Busca en la virtud la dicha
Y en tu propio corazon.

AGAPITO SILVA.

Agapito Silva pertenece al círculo de los más jóvenes literatos de México, y es entre ellos uno de los más distinguidos. Escribió un drama titulado *Despues de la falta*, que fué muy bien recibido en su representacion. Ha dado á luz un tomo de poesías inspiradas y correctas, llenas de ideas elevadas, y que en su mayor parte dedica á ensalzar las conquistas del progreso, y las virtudes y el porvenir de la clase obrera, no olvidando, como de su juventud debia esperarse, rendir los homenajes de su adoracion á la mujer, para la cual reserva en su lira la cuerda mejor templada y más dulce.

FRATERNIDAD.

El hombre para el hombre,
La noche avergonzada ante la aurora,

La paz, el bienestar para el que llora,
Hé aquí el emblema de su augusto nombre,
Divina soñadora
En cuyo altar coloca el pensamiento
De tus flores de amor entre el armiño,
Todo ese inmenso mundo de cariño
Con que acaricia el alma al sentimiento.
Fué tu cuna el dolor, y en esa cuna
En que inmortal te saludó un calvario
Dándote en la desgracia la fortuna,
Hiciste de tu pecho un relicario
Para guardar en él, dulce y amante,
Con el sagrado fuego de la idea,
La queja palpitante
De esa infeliz humanidad que un dia
Llena de orgullo se soñó gigante
Para venir á despertar pigmea.
«No importa, no,—clamaste conmovida
Al ver la cuna que te dió la suerte,—
Yo haré que de la noche de la muerte
Surja gentil el astro de la vida!»
Y á tu voz soberana,
Al eco de esa voz en que se encierra
El porvenir de la familia humana,
Rápido descendió sobre la tierra
Rasgando el velo de la noche espeso,
El ángel de la union, ángel bendito,
Que unido á la esperanza con un beso,
Saludó con la voz del infinito
Al Dios del porvenir y del progreso.
Y la noche se hundió..... pura y hermosa
Se presentó la reina del Oriente
Derramando un perfume en cada rosa
Y diamantes de luz en cada fuente.
Las flores saludaron tu llegada

En el idioma dulce en que las flores
Saludan á la brisa perfumada,
Y enviaron á tí los ruiseñores
El eco de su voz enamorada
Para decirte en plática animada
La historia de su amor y sus dolores.
El mundo entónces sacudió anhelante
Su letargo profundo,
Y, vencido en su orgullo de gigante,
Adelante — gritó, — siempre adelante,
Tuyo es, Fraternidad, tuyo es el mundo!
Y humilde mensajera
Del bienestar que con la fe se alcanza,
Vas derramando en cada primavera
Las flores del amor y la esperanza,
Sin que pueda el destino
Manchar el esplendor de su ropaje
Ni sembrar un abrojo en el camino
Que te señala el término del viaje.
El soberbio palacio,
La rústica cabaña
Que amiga silenciosa del espacio
Se eleva solitaria en la montaña,
Han sido el trono augusto y soberano
Donde alentada por su fe sincera,
Has logrado que el hombre comprendiera
Que es del hombre el hermano,
Hermano del que goza y del que espera,
Sin desmayar en su penoso viaje,
La redencion social de ese linaje
Que conocemos por linaje humano.
Bendita tú, Fraternidad sublime,
Tú que á cada dolor das un consuelo,
Y una ilusion al corazon que gime,
Y una promesa al que soñó tu cielo.

Bendita tú, que en tu conciencia llevas
Mundos de luz para la fe del hombre;
Tú, que nos brindas en tu dulce nombre
Nuevos encantos y esperanzas nuevas.
Es bella tu mision, la mision santa
De unir en dulce y palpitante beso
Al porvenir que rápido adelanta
Por la senda que anuncia la victoria;
Y el ángel del progreso
Que sus conquistas inmortales canta
En la olímpica lira de la gloria.
¡Y vencerás!... Y reina y soberana,
Al extender tu imperio sobre el mundo,
Serás feliz con el amor profundo,
Con el amor de la familia humana,
Que combatiendo su destino adverso,
Una sonrisa pedirá al destino
Para regar de flores tu camino
Y erigirte por templo el universo.

AL OBRERO.

Pasó por siempre la edad
En que el mundo te negaba
Los sacrosantos derechos
Que la razon te señala;
Pasó la noche terrible
En que de angustia llorabas,
Viendo surgir en tu cielo
La imágen de la desgracia;
Pasó ese tiempo de prueba,
Cual todo en el mundo pasa,

Y hoy aparece en tu cielo
El iris de la esperanza.
La justicia te presenta
El esplendor de sus galas;
Te brinda con sus perfumes
La libertad sacrosanta,
Y la ciencia te concede
Sus coronas y sus palmas.
Sigue tranquilo tu senda,
Que al final de la jornada
Hallarás la recompensa
Que los mártires alcanzan.
Vé á recoger las coronas
Con que el porvenir te halaga,
Porque es la dicha de todos
La fraternidad soñada.
Mas para alcanzar el fruto
De ese porvenir, no basta
Que el pensamiento lo quiera,
Sino que lo quiera el alma.
Se necesita la fe,
Se necesita constancia;
Amar á todo el que sufre,
Y protestar con el alma
Ciega obediencia á las leyes
Y eterno amor á la patria.

LUIS GONZAGA ORTIZ.

Luis Gonzaga Ortiz es uno de los poetas líricos mexicanos que más justa nombradía consiguió como trovador del bello sexo, que ha tenido en su lira un altar de plata, y en su corazon un templo de flores.

Sus versos son armoniosos y dulcísimos, como conviene á la delicadeza de imágenes que en ellos abundan, y no deja alguna vez de encontrarse tambien grande elevacion en los pasajes dramáticos que suele abordar.

Aparte de éstas, que son sus principales glorias, se ha distinguido como prosista en sus cuentos y leyendas; ha redactado el *Diario Oficial*, y ha presentado en escena alguna traduccion de comedias francesas.

Ha hecho detenidos viajes por Europa, y recogido, en bellas poesías, sus impresiones, siendo las más notables las referentes á España é Italia.

Ha publicado diferentes ediciones de sus obras.

HEBERTO.

Poco lejana de París vivia
En casa humilde, mas de honor dechado,
Mísera anciana que perdido habia
Su esposo fiel, intrépido soldado.
Mas por egida en su dolor tenía
Un hijo bello, del esposo amado
Vivo recuerdo, en el variable suelo
Unico apoyo y fuente de consuelo.

Bello era Heberto, altiva su cabeza,
Correctas formas y mirada ardiente;
Mas leve sombra de letal tristeza
Su faz vestia de expresion doliente;
Aumentaban su noble gentileza
Rubios cabellos sobre la ancha frente,
Los labios frescos y en extremo rojos,
Color del cielo los rasgados ojos.

Una mañana que en Oriente apénas
Su disco el sol magnífico asomaba,
Agobiado el mancebo por sus penas,
Así á la anciana cariñosa hablaba:
—«Siento correr ¡oh madre! por mis venas
De gloria el fuego; mas en tí pensaba,
Pues aunque gloria y porvenir anhelo,
Temo dejarte en soledad y duelo.

»Bella es la senda que mi padre un dia
Cruzó, cuando de gloria coronado

Por su rey y su patria combatia,
Y siempre con honor, siempre esforzado.
Concédeme que parta, madre mia,
Quiero gozar la vida del soldado,
Que de mi caro padre la memoria
Me inspira sed de revivir su gloria.
» Voy á París, el filo de mi espada
Me dará nombre y venturosa suerte,
Y si en la fiera lucha, encarnizada,
No corta mi existir la cruda muerte,
Tu seno buscaré, madre adorada,
Y mi nombre y laurel vendré á ofrecerte.»
Así de hinojos el doncel la dice,
Y llorando, la madre le bendice.
El fiel ministro Marigní, que es fama
Que *el Justo* le llamaron, bondadoso
Al huérfano acogió, y al ver que inflama
La sed de gloria al jóven animoso,
A la guardia del rey presto le llama.
Henchido de placer y venturoso
La espada ciñe que blandió su padre,
Y la nueva feliz manda á la madre.
Con el ministro en soledad vivia
Y huérfana tambien, pero hechicera,
Jóven hermosa que perdido habia
A su padre infeliz, que pereciera
Cuando del rey el trono defendia
Cubierto de laurel en su carrera.
Bondadoso el ministro la adoraba,
Y ella de padre el título le daba.
Blanca llamaban á la jóven bella,
Y era blanca en verdad como la nieve
Que allá en la cuna del volcan descuella;
Pura azucena que la brisa mueve
En el verde jardin; lánguida estrella

Que lanza al mundo su reflejo leve;
Angel que deja la region del cielo
Y viene sólo para amar al suelo.
En un jardin donde al cruzar hermosa
La dulce primavera, de sus flores
Arrojó la guirnalda, que olorosa
Embriagaba á los dulces ruiseñores,
La vírgen paseaba silenciosa
Como vision fantástica de amores;
Profusamente sobre el blanco cuello
Vagaba descuidado su cabello.
Sobre la orilla de tranquila fuente
Que retrataba el azulado cielo,
Sentóse Blanca con la faz doliente,
Regando con sus lágrimas el suelo:
Lloraba su orfandad, y allá en Oriente,
De la noche rompiendo el denso velo,
Envidiosa mirábala la aurora
Al ver que aljófar su pupila llora.
Y al eco de un suspiro á sus piés mira,
Llenos tambien de lágrimas los ojos,
Al jóven seductor por quien delira,
Que ante ella con afan puesto de hinojos,
Tímido, apénas de emocion respira,
Y temiendo de Blanca los enojos,
«Perdona, dice, si á tu triste llanto
Viene á juntar Heberto su quebranto.
»Huérfano tambien soy, solo en el mundo
Sin porvenir, sin nombre, sin fortuna;
Al brotar mi existir del polvo inmundo,
Un genio malhechor meció mi cuna.
Sólo escuché de mi dolor profundo
El eco aterrador, y de una en una
Vi de mi juventud las tiernas flores
Inclinarse á morir ya sin colores.

»Mas despues te miré, y aquí en el alma
Tu imágen se grabó cándida y pura,
Y de la noche en la profunda calma,
Hermosa cual la estrella que fulgura,
Gentil como en desierto altiva palma,
Vagaba en mis ensueños tu hermosura,
Y despertaba tras la noche umbría
Tu imágen viendo al resplandor del dia.»
La vírgen suspiró; lágrima ardiente
Surcó gozosa la sin par mejilla,
Y con la voz cortada y balbuciente,
Le dijo así con expresion sencilla:
«Fiero dolor el corazon presiente,
Lúgubre el porvenir, lánguido brilla...
Mas ¿qué importa que el labio calle incierto,
Si grita el corazon que te amo, Heberto?»
Y el aura suspiró, y en la enramada
La tórtola sus cantos repetia,
Y en su trono de nácar reclinada
La inocencia de gozo sonreia,
Y con la blanca mano delicada
Sus lágrimas preciosas recogia,
Cual ricas perlas de belleza extrema
Para adornar con ellas su diadema.
Horas dichosas, que el dolor no pudo
Interrumpir con su letal veneno,
Pasaron juntos en amante nudo
Blanca feliz, el jóven en su seno.
De la virtud bajo el brillante escudo
Se deslizaba su existir sereno,
Juntos estaban al nacer el dia,
Juntos cuando la luna aparecia.
Una tarde en que el sol iba llegando
Adonde de su luz cesa el imperio,
Los nuevos rayos de su luz forjando

Para ir á iluminar otro hemisferio,
Y la noche sus velos desplegando,
Las puertas entreabria del misterio,
Próximo al Louvre Heberto discurria,
Y en pensar en su amor se entretenia.
Y cerca de él, como vision de duelo,
Cruza una dama de figura bella,
Cubierto el rostro con tupido velo,
Dejando apénas de su curso huella.
Mírala el jóven con galante celo,
Fija amoroso su mirada en ella,
E inconstante olvidando á Blanca hermosa,
Contempla á la velada misteriosa.
Ella, tranquila, se acercó al soldado
Y así le dijo con acento ardiente:
—Si cual eres galan y enamorado
Eres tambien intrépido y valiente,
Toma este anillo, y cuando ya sonado
Hayan las ocho, sin temor ni gente,
Del Sena undoso en la escarpada orilla
Aguarda una señal y una barquilla.
Luégo despareció; y el inconstante,
Olvidando el amor de un ángel puro,
Fuése á vestir un traje deslumbrante
Para entregarse á su placer impuro.
Pensativo vagaba el nuevo amante,
Cuando miró, cual mágico conjuro,
Seguido de la plebe un agorero
Pálido, misterioso y altanero.
Como su negra barba que bajaba
En rizos mil llegando á la cintura,
Fatídico era el saco que formaba
Del adivinador la vestidura.
Sonrióse Heberto, que en amor soñaba,
Al ver la extraña y sin igual figura;

Mas detúvole al paso en su camino
El misterioso y pálido adivino.
Atento examinó con raro empeño
La diestra mano del doncel amante,
Que con aire pacífico y risueño
Miraba al silencioso nigromante.
Más luégo el sabio, con horrible ceño,
Le dijo así con tono penetrante:
«Goza hoy de tu placer, pues ten por cierto
Que mañana, señor, estarás muerto.»
El soldado tembló con la sentencia,
Mas pronto, disipando sus temores,
Dejó del nigromante la presencia
Pensando en dicha, en ilusion y amores:
«Y si sólo me resta de existencia,
Dijo, breves momentos voladores,
Y mi fin anunció mi aciaga estrella,
Quiero morir en brazos de mi bella...»
Aun no pasaba el último sonido
De la hora de la cita, y ya á la orilla
Un hombre se miraba entretenido
A un árbol sujetando su barquilla.
Al eco inesperado de un silbido
El rostro vuelve y su mirada brilla;
Muestra Heberto el anillo, y luégo entrando
En la barca, se aleja y va cantando.
Bogan ligeros, y en la densa sombra
Divisa Heberto la elevada torre
De Nesle, á cuyo pié sirve de alfombra
El ancho Sena que agitado corre.
Nada al mancebo valeroso asombra,
No hay quien osado sus designios borre,
Que lleno de placer ve la morada
Donde debe encontrar á la enlutada.

. . . . . .

Sobre un cojin de púrpura luciente,
Voluptuosa beldad de formas bellas,
Reclinada se mira muellemente
Ostentando por ojos dos estrellas.
Quiere ocultar la gasa trasparente,
Las formas puras, mas, lascivas ellas,
Se dejan ver como en las claras linfas
Los delicados miembros de las ninfas.

No más hermosa y hechicera un hada
Sobre lecho rural de gayas flores,
Reposa en la pradera sosegada
Al suspirar los dulces ruiseñores;
Ni más hermosa en soledad callada
La nereida se aduerme en los calores,
Soñando sus venturas inocentes
Al murmurar de cristalinas fuentes.

La parte superior del rostro hermoso,
Mascarilla mendaz de crespon leve
Oculto tiene, y negro y vagaroso
Sobre el mórbido seno, que es de nieve,
Baja el fino cabello, que oloroso
Un cándido jazmin sujeta aleve,
Triste tal vez sufriendo los agravios
De las rojas mejillas y los labios.

Cuando al jóven miró cuán bello estaba
Con la pasion en el semblante impresa,
Un grito dió que acaso la arrancaba
La admiracion, la pena ó la sorpresa.
En éxtasis la bella le miraba,
Y una mano tendiéndole que él besa,
«Qué hermoso eres», le dice, y en sus brazos
Hace preso al doncel con dulces lazos.

«Permiteme, mujer, miren mis ojos
Sólo un momento el seductor semblante»,
La dijo Heberto, y á sus piés de hinojos

Se arroja tierno el venturoso amante.
Ella le estampa con sus labios rojos
Oculo ardiente, y mirale un instante:
«No intentes conocerme», le responde,
«Goza», y el rostro cuidadosa esconde.
De la noche las horas se pasaron
En voluptuoso amor... mas los acentos
De un lejano vigía se escucharon
Que remedaban los fugaces vientos,
Cuando *las tres en punto* pregonaron.
Y en bóvedas y en vastos pavimentos
Los ecos repitieron en conjunto,
Lúgubres á la vez: *¡las tres en punto!*
La dama se levanta con espanto
Al escuchar las horas: con tristeza
«¡Tan pronto!» exclama, y con mortal quebranto
Inclina sobre el seno la cabeza.
Duerme el doncel pacífico entre tanto,
Muda contempla su sin par belleza,
Siente su corazon roto en pedazos
Y se arroja de Heberto entre los brazos.
Escúchanse á la puerta tres palmadas,
Y un beso imprime á su dormido amante,
Deja el lecho y en puertas excusadas
Desparece ligera en un instante.
Despiértase el doncel, y mira alzadas
Las armas homicidas, y delante
Dos crueles verdugos; mas en vano
Busca la espada su robusta mano.
Un momento despues, pálido, yerto,
Desencajado el rostro por la pena,
En su sangre bañado y casi muerto,
Fieros le arrojan al undoso Sena.
Despues, con el semblante descubierto,
Con lento paso y con la faz serena,

Se mira una mujer, que aunque es hermosa,
Tiene del tigre la mirada odiosa.
«—¿Se concluyó?» pregunta. «Está en el rio»,
Contestan los verdugos, que enjugando
Están el hierro, y con furor impío
La roja sangre aleves contemplando.
«¡Lástima de doncell ¡belleza y brío!»
Murmura Margarita, y suspirando,
Vuelve del Louvre á su brillante estancia
La altiva reina de Borgoña y Francia.
La aurora apénas el lejano Oriente
Con sus tintas de rosa iluminaba,
Y á orillas de la plácida corriente
El cuerpo de un soldado se miraba.
Una mujer, tan bella cual doliente,
Sobre el cadáver mísera lloraba;
Era blanca Ménier; su labio yerto
La muerte implora por seguir á Heberto.

LAURA MÉNDEZ.

Laura Mendez de Cuenca, á quien el autor de estos renglones ha tenido el honor de contar en el número de sus más ilustradas discípulas, aunque no en literatura, es una muy estimable poetisa que en 1874 comenzó á publicar sus bellas composiciones escudada modestamente con el anónimo.

El efecto que causaron, y más que todo las dificultades que el genio tiene para permanecer oculto, la descubrieron más tarde, y desde entónces figura como una de las glorias de su sexo en su patria, envidiable corona que entreteje á las que ya le habian acordado sus virtudes y su ilustracion.

Es esposa de uno de los distinguidos poetas que figuran en esta coleccion.

¡ADIOS!

Adios; es necesario que deje yo tu nido,
Las aves de tu huerto, tus rosas en boton;
Adios; es necesario que el viento del olvido
Arrastre entre sus alas el lúgubre gemido
Que lanza, al separarnos, mi pobre corazon.

Ya ves tú que es preciso, ya ves tú que la suerte
Separa nuestras almas con fúnebre capuz;
Ya ves que es infinita la pena de no verte,
Vivir siempre llorando la angustia de perderte,
Con la alma enamorada delante de una cruz.

Despues de tantas dichas y plácido embeleso,
Es fuerza que me aleje de tu bendito hogar;
Tú sabes cuánto sufro y que al pensar en eso
Mi corazon se rompe de amor en el exceso,
Y en mi dolor supremo no puedo ni llorar.

Y yo que vi en mis sueños al ángel del destino
Mostrándome una estrella de amor en el zafir,
Volviendo todas blancas las sombras de mi sino,
De nardos y violetas regando mi camino,
Y abriendo á mi existencia la luz del porvenir!

Soñaba que en tus brazos, de dicha estremecida,
Mis labios recogian tus lágrimas de amor;
Que tuya era mi alma, que tuya era mi vida,
Dulcísimo imposible tu eterna despedida,
Quimérico fantasma la sombra del dolor.

Soñé que en el santuario, donde te adora el alma,
Era tu boca un nido de amores para mí,
Y en el altar augusto de nuestra santa calma,
Cambiaba sonriendo mi ensangrentada palma
Por pájaros y flores y besos para tí.

¡Que hermoso era el delirio de mi alma soñadora!

¡Qué bello el panorama alzado en mi ilusion!
Un mundo de delicias gozar hora tras hora,
Y entre crespones blancos y ráfagas de aurora
La cuna de nuestro hijo como una bendicion.
Las flores de la dicha ya ruedan deshojadas,
Está ya hecha pedazos la copa del placer!...
En pos de la ventura buscaron tus miradas
Del libro de mi vida las hojas ignoradas,
Y alzóse ante tus ojos la sombra del ayer.
La noche de la duda se extiende en lontanan
La losa de un sepulcro se ha abierto entre los
Ya es hora de que entierres bajo ella tu esp ra
Que adores en la muerte la dicha que se alcan
En nombre de este poema de la desgracia: ¡Ad

ANSELMO ALFARO.

Anselmo Alfaro se ha hecho conocer y apreciar por sus polémicas periodísticas que mantiene siempre con ilustracion y buen juicio, haciendo gala de una grande energía, que alguna vez le ha envuelto en lances que le han proporcionado ocasion de probar su serenidad y destreza.

Es autor de una novela bien recibida, y como poeta lírico es inspirado y brillante.

EL GENIO.

Quiso Dios dotar á un sér
De los que habitan el mundo
Con espíritu profundo
E indisputable saber;
Para poderlo tener
Como un sol universal

Le dió de ciencia un fanal,
«Genio» el hombre lo llamó,
Y el genio se levantó
Como el águila caudal.
Condor de atrevido vuelo,
De penetrante mirada,
Que busca en la misma nada
Una página del cielo;
Mártir que en su propio duelo
Alimenta su existencia
Para darle á la experiencia
Un libro abierto en la vida:
Cada libro es una herida
De donde brota la ciencia.
En cada siglo que crece,
Como en cada firmamento,
Hay un sol, el pensamiento
Que con amor resplandece,
Que nunca el tiempo oscurece,
Ni tendrá jamas nadir:
Es dios para no morir,
Grande como lo infinito,
Cuyo nombre será escrito
Con los astros del zafir.
Como la estela en el mar,
El genio brilla en lo inmenso;
Como el fuego más intenso;
Como el tumbo al resonar,
Así se anuncia al llegar;
Pompas mil no le han bastado,
Ni lauros lo han coronado,
Que no es bastante corona
La que la tierra le abona
Al espíritu elevado.
Él se anuncia en tempestades,

En las batallas es gloria,
En las tumbas es memoria,
Y del mundo en las edades,
Sólo deja claridades
Que son sus divinas huellas,
Cuando brillantes y bellas
Cintilan en su palacio,
Que es el azulado espacio,
Las rutilantes estrellas.
¡No cabe en la forma humana
Que ésta es pobre y miserable!
Como el mar es insondable,
Como creacion soberana,
Sólo tiene una mañana
Hermosa y primaveral,
Siempre en los siglos igual,
Eterna des que nació,
Porque sin sombras brilló
En la region celestial.
Bajo forma diferente
Cabe el genio en la materia,
El hombre es sólo la artéria
Que comunica á la mente
Luz y ciencia indeficiente:
Puede esta masa morir,
Pero en ella ha de lucir
El soplo en Dios encendido,
Y jamas ha sucumbido
La luz que le ha de seguir.
Por eso el Genio no tiene
Ni hogar, ni patria en el mundo,
Es como el sol de fecundo,
Va al cielo y del cielo viene:
Misterio que se mantiene
Por una ley poderosa,

Ola de mar tempestuosa
Arrolladora y rugiente,
Intensísima corriente
De espuma blanca y undosa.
Tormenta que se desata
En el cerebro de Dios;
El eco que marcha en pos
Del trueno que se dilata;
Rayo que alienta y no mata,
Disputadora potencia
De la clara inteligencia;
Como rey, todo avasalla,
Como Dios, todo lo acalla,
Y es fuego, y es luz, y es ciencia.
Vive á veces olvidado,
Y perdido allá á lo léjos,
Mas cual del sol los reflejos
Por las nubes entoldado,
Siempre romperá el nublado
Un rayo de sus fulgores,
Y si los densos vapores
Se desvanecen del cielo,
Fúlgido y limpio en el suelo
Se reflejan sus colores.
¡Oh, genio! un astro brillante
En la existencia serás;
De Dios te trasformarás
En la esencia palpitante!
Será tu grito «¡adelante!»
Y á tu voz la humanidad
Dejará á tu potestad
Paso libre y anchuroso,
Y grande, inmenso y hermoso
Serás *la inmortalidad!*

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla, capital del Estado de Guerrero, y como D. Benito Juarez, el más eminente hombre de México, es indígena de pura raza.

Pobre y oscura su familia, apénas en sus primeros años tuvo Altamirano unas ligeras nociones de instruccion primaria, que bastaron, no obstante, para revelar lo que el jóven indio podria llegar á ser, y á lo cual debió que las autoridades de su pueblo le escogiesen, prévia oposicion con otros jóvenes, para enviarle á recibir una educacion superior al Instituto de Toluca, lo que se verificó en 1849. Destinado por la Providencia á triunfar á la manera de César, no estudió materia alguna en que no obtuviese la primera calificacion y el premio de honor. Pequeño para su talento el Instituto de Toluca, pasó al de San Juan de Letran en México, obteniendo en él triunfos idénticos.

Ante la dictadura del general Santa-Ana y por efecto de sus propios excesos, surgió entónces el gran partido liberal, que hoy domina en la República, y Altamirano se afilió en él tomando como militar parte activa en la revolucion de Ayutla.

Apénas triunfaron sus ideas, volvió de nuevo á sus estudios, y con la mayor brillantez concluyó su carrera de abogado en 1859. Lanzado de nuevo á la lucha el partido liberal á consecuencia de los abusos reaccionarios, estalló entónces la guerra de Reforma, y Altamirano luchó por el triunfo como periodista y como soldado, adquiriendo tal nombradía que fué electo diputado al Congreso general de 1861.

Como el caudillo romano, le bastó llegar y ver para encontrarse victorioso una vez más, y Altamirano brilló en la tribuna parlamentaria hasta deslumbrar, no sólo á sus oyentes, sino á todo el país. No ya los periódicos nacionales, los escritos en idioma extranjero se deshicieron en entusiastas elogios: «Toda la ciudad — decia *L'Estaffete* — resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Altamirano..... Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable..... La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentacion cerrada, encadenada sin arte aparente, pero rigurosamente apoyada en

citas históricas oportunas y bien escogidas..... Jamas en México se ha oido un orador tan enérgico y arrebatador.....» Entónces fué cuando se le llamó el *Danton de América*, y su nombre salió por primera vez de su país, publicando el retrato del gran orador *L'Illustration Française* y el *Correo de Ultramar*, en París, acompañado de encomiásticos artículos.

Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á tal altura á Altamirano, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervencion francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la accion de Tierra Blanca; tres dias despues, la de los Hornos; en 1867 obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los Estados del Sur, se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la accion el jefe imperialista; ocupó el valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital: en Marzo del mismo año marchó al sitio de Querétaro, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como en la terrible accion del *Cimatario* del 28 de Abril y el de Callejas de 1.° de Mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe.

Restablecida la República, Altamirano fué electo magistrado de la Suprema córte

de Justicia, de la que ha sido fiscal, y últimamente presidente en sustitucion del Sr. Vallarta: ejerció tambien el cargo de Procurador general de la Nacion.

A él sólo debe la literatura moderna mexicana todo su esplendor; á él, que ha sido para todos los escritores más que un amigo, un padre. Se le llama, y lo ha sido, *el maestro:* con entera justicia se le considera el patriarca de la actual generacion literaria. Él ha fundado ó contribuido á fundar las primeras sociedades en su género: él ha creado y dirigido muchos de los primeros periódicos y semanarios: ninguno de sus compatriotas ha reunido mayor número de diplomas de corporaciones científicas y literarias extranjeras. Como profesor, ha desempeñado en los establecimientos oficiales las cátedras de latinidad, de Derecho Administrativo, de Historia general y de México, de Historia de la filosofía.

Sus principales obras son: *Rimas*, preciosa coleccion de poesías; *Movimiento literario en México*, *Dramaturgia mexicana; Baltasar*, *Medea*, revistas críticas en que campea una erudicion desmedida; *Clemencia*, *Antonia* y *Beatriz*, *Luisa*, *La Navidad en las Montañas*, novelas y leyendas, la primera, sobre todo, inimitable.

Altamirano es una de las más notabilísimas figuras de su patria.

PLEGARIA EN LA MONTAÑA.

¡Oh mártir del Calvario!.... ¡Sublime Nazareno,
Que escuchas del que sufre la tímida oracion,
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,
Que alientas del que es débil el triste corazon!
Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes
En la miseria yacen; protégelos, Señor;
Tú ves cómo se muestran en sus tostadas frentes,
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.
En tiempos ¡ay! mejores con tierno y dulce acento
Vinieron á cantarte de tu madero al pié;
Mas hoy la agrias heces apuran del tormento
Y sólo con su llanto te expresarán su fe.
¡Perdon!... Hoy no pudimos en medio á los pesares
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,
Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.
Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
Baluartes los peñascos de la montaña son,
Cadáveres de hermanos tapizan la llanura,
Y en vez de los arados arrástrase el cañon.
En los maizales tiernos las cañas se doblegan,
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
Las linfas abrasadas del rio ya no riegan
Sino collados mustios y estéril bejucal.
Nosotros, desdichados, debajo la cabaña
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,
Temblando por la guerra que invade la montaña,
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.
Conturban las congojas del alma del creyente,
De duelo está la patria, de duelo está el hogar,
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente
Descarga rudos golpes la mano del pesar.
Señor; cuando en un tiempo vagaban perseguidos

Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sosten:
Tus hijos tambien somos, llegamos afligidos
Al pié de tus altares; protégenos tambien.
Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos
Si á México contemplas, ¡oh, sálvala, Señor!
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.
¡Oh, cuál en tu presencia renace la esperanza
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir
¡Ah, sí, la blanca aurora ya ruge en lontananza
¡Gracias, Señor, es ella..... la paz del porvenir!
Entónces quemarémos incienso en tus altares
Y en vez de esas coronas de fúnebre saúz,
Tendrémos frescas palmas y frutos á millares,
Y flores de los campos que adornarán tu cruz!

A.....

De antiguo templo en la derruida nave,
Donde todo es silencio y soledad,
La paloma un asilo buscar suele
Para vivir en paz.
Y aquí en mi corazon callado y triste,
Que el culto de otro amor no turba ya,
Refugio á tu inocencia hallar podrias
Sobre el desierto altar.
Ni el nombre de los númenes que un dia
Efímeros vivieron hallarás,
Que una sombra siquiera en mis recuerdos
Que te lastime no hay.
. . . . . .
Yo en cambio aspiraré dichoso y mudo
Tu aroma virginal.

ADVERTENCIA.

El órden de colocacion dado á los poetas incluidos en este libro no obedece á determinado plan alguno, y mucho ménos al que pudiera referirse al mérito de cada autor.

ÍNDICE.

	Página
Al lector.	5
Isabel Prieto de Landázuri.	9
José Rosas.	22
José María Vigil.	32
Ignacio Ramírez.	39
Manuel M. Flores.	41
Agustín F. Cuesta.	65
Justo Sierra.	67
Manuel Peredo.	72
Guillermo Prieto.	78
José Peon Contreras.	81
Juan de Dios Peza.	86
Juan B. Hijar y Haro.	93
Joaquín Gomez Vergara.	106
José Fernandez.	112
Vicente Riva Palacio.	116
Manuel Acuña.	119
Francisco G. Cósmes.	125
Joaquín Téllez.	130
Gustavo Adolfo Baz.	135
Aurélio Luis Gallardo.	138
José Monroy.	141
Manuel de Olaguibel.	152
Esther Tapia.	156
Agapito Silva.	163
Luis Gonzaga Ortiz.	168
Laura Mendez.	175
Anselmo Alfaro.	181
Ignacio M Altamirano.	185
Advertencia.	191